COMEDIA HEROICA,

EL HÉROE DE LA CHINA,

EN TRES ACTOS:

REPRESENTADA POR LA COMPAÑIA

DE FRANCISCO RAMOS.



MADRID:

POR DON ANTONIO CRUZADO: CALLE DEL PRADO.

AÑO DE MDCCXCIX.

ARGUMENTO.

En todo el vasto Imperio de la China es admirada la heroyca fidelidad del Anciano Leango. *En un tumulto popular en que el Emperador Livánio pudo apenas salvar su vida huyendo;* Leango *por conservar la suya al niño Svenvango, el único que no pereció á las manos del furioso pueblo, ofreció á la muerte su propio hijo envuelto en las faxas reales, y pudo verlo matar, sin descubrir un secreto de que dependia la vida de su pequeño Príncipe.* (1)

(1) Historia de Tchao-Kong. P. du Halde, Fastos de la Monarquía China.

COMEDIA HEROICA
EL HEROE DE LA CHINA
EN TRES ACTOS:

PERSONAS.	ACTORES.
Leango, Regente del Imperio Chino....................	Señor Vicente García.
Siveno, creido hijo de Leango	Señor Antonio Róbles.
Lisinga, Princesa Tártara prisionera	Señora María Vazquez.
Ulania, hermana de la misma.....	Señora Josefa Luna.
Minteo, Mandarin Militar	Señor Josef Huerta.
Un Bonzo, ó Sacerdote de la China	Señor Antonio Baca.
Un soldado Tártaro............	Señor Thomas Ramos.
Un Soldado Chino..............	Señor Agustin Roldan.
Comparsa de Chinos.	

La Escena se representa en el Recinto de la residencia Imperial á las orillas del rio Ve-joo que riega la Ciudad de Sin-ga-na, Capital de ella la Provincia de Ken-si

Vestibulo, que dá paso á los principales aposentos del Palacio Imperial: aparecen Lisinga y Ulania.

ACTO PRIMERO.

Ulan. Permiteme, que extrañe, hermana mia,
que quando al fin el cielo compasivo
extiende sobre tí su sacra mano,
llanto en los ojos y en la voz suspiros
ofrezcas al recuerdo de tu dicha.
Amarías ingrata el suelo chino
mas que la dulce patria, mas que un Padre;
que lexos de nosotras y vencido,
busca la libertad, que no gozamos
y qué espera lograr? De qual delirio
opreso el corazon gime y solloza,
si el aviso esperamos de continuo
de paz entre la China y Tártaria,
y de qué somos libres?

Lising. Ese aviso,
que tú deseas y que yo detesto
es la ocasion del triste llanto mio.

Ulan. Pues qué tan solo tú de los mortales
serás agena al sentimiento pio
del santo amor de los paternos lares?

Liseng. Nó, Ulania. Yo vería el cielo mismo,
baxo del qual nací, con dulce risa;
yo besaría humilde el trono invicto
de un Padre bienhechor y de un Monarca,
que soy su hija y Tártara he nacido.

Ulan. Pues bien, qué te detiene en estas playas
á pesar de tu gloria y tu alvedrío?

Lising. Ay hermana! yo amo,

Ulan. Ama Lisinga!
y á quién amas?
Lising. Cercada de enemigos
y lexana del Padre y de la Pátria,
quizá tú culparás, que haya elegido
mi corazon amante. Pero, amiga
repruebe mi eleccion quien no haya visto
al hijo de Leango, á mi Siveno.
Ulan. Yo respeto tambien y en él admiro
la virtud y el valor que le acompaña:
pero ignoras quizá. que confundido
éntre los que obedecen, ne es tu mano
á quien debe aspirar? que tú has nacido
en el Tártaro solio, y solamente
quien ocupe otro solio es de tí digno?
Lisang. Ay Ulania! lo sé. Sé que mi mi suerte
me condenó al dolor: que endurecido
el ambicioso hombre nos señala
por victimas de un bárbaro capricho,
y que vendidas á la gloria agena
hacen de nuestro amor un sacrificio
al bien universal (tal fué por siempre
el pretexto cruel, que puso grillos
á nuestra libertad). Pero podias
ser insesible á llantos y suspiros,
á la virtud de mi adorado amante?
Nací en el trono, sí; mas yo maldigo
un trono, que me alexa de Siveno.
Ulan. Pero cómo ha podido hallar camino
para tu corazon, quien de tu Padre
el enemigo vencedor ha sido?
Lising. No ignoras tú la horrible desventura
del Monarca Livanio repelido
con ultrage del Trono de su Pueblo;
ni que el Chino cruel y vengativo
arrancó aun la esperanza de que un dia
le volviese á ocupar su postrer hijo,
que pequeñuelo infante dió la vida
al pérfido puñal de un asesino.
Huyó el anciano Padre á nuestra Patria
cargado de dolor, y circuido
de la imágen terrible y dolorosa
de su afrenta y su pena. En este asilo
espiró de pesar. Timur, mi Padre,
despreciando unos Pueblos sin caudillo,
y ambicioso quizá del Cetro ageno;
tremoló sus banderas al sonido
de la voz de conquista, que así anima
al vagabundo Tártaro, enemigo
de la pobreza de su esteril suelo,
y un exército inmenso entonó el Himno
de la desolacion y de la muerte.
Nosotras con las Tropas le seguimos,
segun nuestras costumbres, y llegamos
á las fronteras del Imperio Chino.
El prudente Leango, que aquel tiempo
privado le regía, alzando el grito
de guerra y libertad, juntó las tropas
de su Nacion, y del amado mio
confió la defensa de sus Lares.
Ay! tú le vistes sin pavor tranquilo
blandiendo el sable al vagaroso viento,
á vista del Soldado enardecido,
qual el Dios del combate. Tú le vistes
en busca del honor y del peligro
atropellar la muerte, rodeado
por todas partes de ella: dar auxîlio
á todos, él, y prodigar su vida.
Tú le vistes en fin, quando vencido
nuestro exército huía, y la victoria
enjugaba la frente de su amigo
mi vencedor amante, quán clemente
ofreció su perdon al fugitivo.
Tal fué por siempre el hombre generoso:
la gloria le conduce al enemigo,

le

le combate, le vence y le perdona,
y no ensangrienta el triunfador cuchillo
en la garganta del rendido pueblo.
Así le vimos pues, entre el bullicio
de las aclamaciones de victoria,
inséńsible al orgullo, enternecido
de nuestra desventura, y así, amiga,
nos conduxo hasta aquí. Y en el recinto
de este Imperial Palacio, qué no ha hecho
por nuestro bien? Tú y yo somos testigos
de su alma piadosa, y las virtudes
de un corazon modesto y compasivo,
de un corazon humilde en la ventura
de un corazon, que quiere y es querido.
No imagines quizá, que débil tanto
yo le ofrecí mi amor, bastante altivo
para gemir en el silencio: acaso
yo no veía en él, sino un caudillo
enemigo á mi patria. Pero, hermana,
él regó con su llanto enternecido
los pies de una muger, muger vencida
y amante ya en secreto. Sus suspiros
y mi pasion, que hablaba en favor suyo,
ofreciéndome en él un héroe invicto
amante y humillado, le entregaron
un alma, que corria hácia sus grillos.
En fin amé y me amaron; y primero
se juntarán el Cielo y el abismo,
que dexarle de amar, y ser constante
á quien me dió su amor, y á quien dí el mio.

Ulan. No culparía yo que tú le amases,
si el respeto de un Padre :- mas qué miro?
dos Tártaros se acercan.

Lising. Ay Ulania!

Ulan. Qué recelas?

Lising. Que acaso concluido
el tratado de paz entre la China
y mi Tártaro Padre, es ya preciso
alexarme por siempre de Siveno.

Ulan. Velos aquí que llegan.

Sale un Soldado Tártaro con otro de la misma Nacion, que le acompaña.

Sold. Yo bendigo
un momento, que tanto deseaba
la Tartária. Por fin, me es concedido
besar libres los pies de mi Princesa,
que la ventura China hizo cautivos;
y Conductor de nuevas placenteras
vengo á postrarme á ellos.

Lising. Y yo estimo
vuestra noble lealtad; pero decidme,
cómo queda mi Padre? qué os ha dicho?

Sold. Vuestro Padre Timur bendice al Cielo
por la paz que á sus Pueblos afligidos
benéfico concede. El os envia
en este pliego de su amor indicios,
y os ordena por mí, que á sus mandatos
mostreís, qual siempre, un corazon sumiso.

Lising. Del Rey mi Padre adoro los preceptos,
y le obedeceré; partid tranquilos.
Quando debais volver á su presencia
os prometo advertir: andad, amigos.

Vánse los Tártaros.

Ay Dios!

Ulan. Lisinga, hermana, lee primero
lo que te escribe el Rey.

Lising. Ya lo imagino
demasiado, ay Ulania! Este es el punto
que por siempre temia: el clima Chino
dexar debemos; en aqueste pliego
viene el cruel precepto, y yo te pido
me digas, si temia con justicia

las nuevas de la paz.

Ulan. Pero eso mismo
te debia alegrar. Al fin acaba
la dura esclavitud en que vivimos,
verémos Padre y Patria, y heredera
tú del Tártaro Solio, al afligido
Pueblo te restituyes, y retornas
á las grandezas y explendor antigüo.

Lising. Todo es verdad; mas dexaré á Siveno.

Ulan. Pero bien sabes, que nació enemigo
y que nació vasallo.

Lising. Sé que amo,
que lo merece, que el primero ha sido,
y último amor será; que si mi Padre
me separa cruel del amor mio,
me mata sin saberlo.

Ulan. Oye, y aprende
constancia de tu hermana: yo suspiro
por el jóven Minteo; para siempre
quizá me alexo dél, sufro el martirio,
martirio que él ignora, y no me quejo.

Lising. Oh venturosa tú, cuyo tranquilo
corazon así ama! Aún si puidera
á Siveno olvidar:- Deseo indigno!
oh! nunca sea, y me preserve el Cielo
de tan mísero estado! me horrorizo
mucho mas de vivir sin adorarle,
que de morir constante al amor mio.

Ulan. Pero lee primero, quizá:-

Lising. Quiéres
arrancarme tambien el solo alivio
que me queda en dudar? Mas ay! Siveno,
no me dexes, amiga, que oprimido
el corazon fallece.

Sale Siveno... Dime, es cierto
que te pierdo mi bien?

Lising. Ve aquí, querido.
Alargando el pliego.
Siveno, quien lo manda. Aunqu hasta ahora
no me quise enterar de mi destino,
lee, mi amor, y diga lo que quiera;
que será ménos dura al pecho mio,
saliendo de tus lábios, mi sentencia.

Siv. ,,Hija, ya es todo paz; mis enemigos *lee.*
ya dexaron de serlo, y es tu mano
del público reposo el blanco signo.
El héredero del augusto Trono
será tu esposo, y el Imperio Chino.
si ántes esclava, te verá su Reyna,
Leango no lo ignora, y el sigilo
contigo romperá. Timur.“ Oh Cielos!

Ulan. Pero cómo? :-

Lising. Quizá no has entendido,
mi bien, la regia carta.

Siv. Ay! nó, tú misma
puedes leerla.

Lising. Con temor la miro.
,,El heredero del augusto Trono
será tu esposo.“ Y dónde está? fingido
el destierro fué acaso, y la desgracia
del muerto Emperador? habla, bien mio.

Siv. Qué quieres que yo diga? á mis temores
solo falta un rival desconocido
para llenar el vaso de amargura,
que ante mis labios veo de continuo.

Lising. No fue Livanio del sagrado Solio
por la venganza de su Pueblo mismo
con baldon arrojado?

Siv. Y quatro lustros
están para cumplirse.

Lising. En el olvido
de su destierro no acabó la vida?

Siv. Muy poco ántes de quedar cautivos
yo de tu amor, y tú de nuestras armas.

Lising. Y del tronco real:-

Siv. Cruel cuchillo

lo segó en sus raices, y el postrero
de sus pimpollos, inocente niño,
murió en su cuna.

Lising. Y bien, este heredero
quién es?

Siv. Un Impostor.

Lising. Y tú, amor mio,
qué harás en mi favor, y en favor tuyo,
si es un Principe cierto y no mentido?

Siv. Qué he de hacer yo? morir.

Lising. Y abandonarme
en las manos de un bárbaro destino
que me conduzca á un trono que aborrezco
sin mi caso Siveno? Y tú tranquilo
me verias pasar en otros brazos,
quando ni el tierno llanto, ni el suspiro
me fuera permitido en la presencia
del rival de tu amor? Cielo benigno,
ah! no sea jamás, que rigoroso
impongas á Lisinga tal castigo.

Siv. Pero bella Princesa, qué pudiera
hacer yo por salvarte, si tú mismo
amor se opone á ello?

Lising. Tú me amas,
y lo preguntas? Dime, qué se hizo
aquel amor primero que mostrabas,
quando echado á mis pies enternecido
me jurabas, que solo de Lisinga
era tu corazon? Yo te dí el mio;
pero tú me engañabas.

Siv. Yo engañarte,
quando aprecio la vida porque vivo
para adorar tus ojos apacibles?
Pero, Lisinga, yo sería indigno
de la ventura que gocé algun tiempo,
si mi interés me hiciese él enemigo
de tu dicha, y amante codicioso
robase de tu mano el Cetro Chino,
que yo no puedo darte. Nó, Princesa:
mi corazon conoce el heroismo
de vencer su pasion, y de cederte
á un rival mas feliz, sino mas digno.

Lising. Odiosa heroicidad, que me cubriera
de un eterno dolor! Mas yo confio
que tu buen Padre (sabedor acaso
de que el Trono sin tí será un suplicio
para Lisinga, y que mi amor tan solo
es el consuelo de su caro hijo);
quizá me dexará ser venturosa.

Siv. Ah! no lo espero. Observador estricto
de la áustera virtud no será injusto
transgresor del contrato establecido
por prenda de la paz entre dos Pueblos,
y en vano le hablarán à favor mio
el amor y el respeto. Bien pudiera
apropiarse un Imperio, que á su arbitrio
puso un Monarca ausente y desgraciado:
bien pudiera tambien haber ceñido
la blanca Sien con la Imperial diadema,
que un Pueblo que le adora agradecido
ante sus pies ponia, no quedando
ni siquiera un renuevo del antigüo
árbol que nos dió Reyes. Pero firme
en su entera virtud despreció el brillo
de una efimera gloria.

Ulan. Y bien, ahora
qué pensaremos de él? Tú propio has dicho,
que quando huyó Livanio fue á sus ojos
hasta el último infante á hierro extinto:
luego este nuevo Príncipe que oculta
no será un Impostor?

Lising. Pero mi amigo,
el bien héchor Leango (y es posible!)

Cóm-

cómplice de un engaño ? ah! yo
deliro.
Corre, vuela á tu Padre, sabe, aclara,
Sibeno, el tuyo y el recelo mio.
Sib. Sí, adorada Lisinga, ya obedezco:
y si el Cielo, en un tiempo compasivo,
no olvidó la piedad, quizá que extienda
en mi favor su mano. El es testigo
de mi inocente amor y mis promesas;
que yo adoraba en tí de sus divinos
atributos quizá la mejor parte;
y en fin, el sabe, que tu labio mismo
amor ó muerte pronunció al mirarte,
y amor ó muerte es el destino mio.
Vase.
Lising. Con qué toda mi vida será, hermana,
tan infeliz ?
Ulan. Ni gozarás tranquilo
quizá un solo momento.
Lising. Por qué causa ?
Ulan. Por qué acibarás con el mal temido
el bien que ahora gozas.
Lising. Qué yo gozo ?
Ulan. Sí: tú no partes, ves á tu querido
Siveno al lado tuyo, el ignorado
Príncipe no parece; qué peligros
puedes temer ? figúrate á lo ménos
que el Príncipe es tu amante.
Lising. Qué delirios!
son estos tus consuelos ?
Ulan. No ha vacado
este Solio ? no yace al fin marchito
el régio árbol ? del sagaz Leango
no es hijo tu Siveno ? y el invicto
y virtuoso anciano no es la gloria
y el amor de sus Pueblos ? pues si ha sido
Padre del Reyno, no podria acaso
hacerse su Monarca ?
Lising. Si ha podido,
por qué no lo hizo aun ? Como Privado
sostuvo el peso del Imperio Chino
y el público reposo; peró el Trono:-
Ulan. Leango lo guardaba á un perseguido
Monarca desterrado; mas ya muert
á quién lo ha de guardar ?
Lising. Ay! que imagino,
que demasiado por mi mal exîste
ese odioso heredero.
Ulun. Si has creido
que no es una impostura, tu consuelo
sea juzgar que es digno de cariño.
Lising. Calla.
Ulan. Y un nuevo amor borre la idea:-
Lising. Calla esa voz, que el corazon me ha herido.
Yo amor á otro? ay! aquel semblante
me enseñó amante á prodigar suspiros,
y si suspiro, siempre agradecida
de amor por él será: el fuego activo,
que ardió en mi pecho por la vez primera
tan solo adoraré, ni acaso extinto
otro se encenderá de sus cenizas,
que amo á Siveno, y por Siveno vivo. *Vase.*
Ulan. Minteo viene, voyme. O si supiera
quánto me cuesta este rigor!
Sale Mintéo. . . Bien mio,
bella Ulania, tú huyes? ah! si el rostro
del mísero Mintéo aborrecido
te cansa, ya te dexo: á Dios.
Ulan. Aguarda,
(qué agrado! qué modestia!) no te he dicho *aparte.*
que no me vieses mas ?
Mint. Es cierto.
Ulan. Luego
á qué vienes ?
Mint. En busca de mi amigo
el valiente Siveno, á quien diversos
Mandarines le buscan.
Ulan. Con qué es fixo,
qué no vienes por mí ?

Mint.

Mint. No.
Ulan. Y tú te acuerdas
de la ley que te impuse?
Mint. No la olvido.
Ulan. Pues sigue en busca suya.
Mint. Ah! no tan presto
te despidas, cruel.
Ulan. Si ya no es mio
tu corazon, de qué te quejas? dime?
Mint. Qué no es tuyo! te ofrezco en sacrificio
un alma, que te adora y no te ofende:
así como adoramos sin delito
el Númen Sacro y agradece el culto.
Ulan. Qué fino amor! *aparte.*
Mint. Pero si yo he podido
amándote ofenderte, á Dios te queda
por la postrera vez.
Ulan. Cielos!
Mint. Indigno
de estar ante tus ojos, de tí léjos
huiré desesperado: ni el suspiro,
ni el llanto turbará la paz serena
de tu bello semblante, y yo tranquilo
moriré, pues te aplace que yo muera.
Ulan. Mintéo, escucha. Acaso tú has creido
á Ulania injusta; no, no te aborrece.
Admiro tu valor, tambien admiro
tu virtud, tu modestia; mas:—
Mint. Qué?
Ulan. El hado
puso, por mi desgracia, un infinito
espacio entre los dos. Tu nacimiento:—
Mint. Con que al fin te desplace?:—
Ulan. El vil destino,
que te hizo ver la luz en baxa cuna.
Mint. Luego si fuese yo de tí mas digno?
Ulan. Ah! si fueses:— á Dios. Yo no pretendo
averiguar secretos, que escondidos
tu corazon reserva; mas no quieras
saber tampoco los que guarda el mio.
Esta altivez es hija de mi sangre,
pero jamás sabrás lo que ha sufrido
un alma, que pospone á sus deberes
la grata inclinacion de su cariño.
vase.
Mint. Ah! sí, mi bien, te entiendo:
tú me amas.
aunque el labio calló lo que me dixo
el alma por tus ojos.
Sale Leango. . . Dí Mintéo,
á dónde está Siveno? no le has visto?
cómo estás tú sin él?
Ulan. Le voy buscando
por el Palacio, y verle no he podido.
Leang. Escúchame: le amas?
Mint. Si le amo!
Le amo héroe, compañero, amigo,
protector en la Corte, y en las tropas
mi defensor, mi guia y mi caudillo
por mi deber, mi amor y mi carácter.
Leang Te acuerdas de quién fuiste?
Mint. Un desvalido
inocentillo infante abandonado
á un extrangero.
Leang. Bien, y ahora?
Mint. Vivo entre vivo lo pompa del honor y fausto,
y una gran parte del Imperio Chino
de mí depende, gracias á tu mano
benéfica y amiga.
Leang. Y al olvido
pudieras dar la gratitud qué debes?
Mint. Pero, Señor, y quál es mi delito
que este exâmen merece? por qué juzgas
á tu Mintéo ingrato? Ah! yo te pido,
que me arrebates otra vez tus dones,
que derrames mi sangre, yo tranquilo
á todo callaré; pero tu duda
no puedo tolerar.
Leang. Ven, hijo mio,
Mintéo amado, tu virtud conozco

y

y la aprecio ; quizá este dia mismo
la deberé provar.
Mint. Dime:-
Leang. No es tiempo.
Mint. Hasta que no recibas un indicio
de mi fidelidad jamás ingrata,
no podré sosegar.
Leang. Busca á mi hijo,
que pronto le darás.
Mint. Ah! no lo dudes.
Tú eres mi Padre; el aura que respiro,
el honor, las virtudes, todo es tuyo,
si á tí no te soy fiel, á quién amigo
mi corazon sería? Si este fuese
capaz de ingratitud al compasivo,
al bienhechor Leango, á Cielos y tierra
me ocultára por siempre en el abismo. *vase.*
Leang. En fin, ya llegó el dia, que hasta ahora
tanto dolor, afanes y suspiros
costó á mi alma. El heredero oculto
mostraré ante su pueblo, y al vacío
Trono paterno guiará mi mano.
En fin, ya veo el puerto mas vecino
sin temer los escollos. Los Autores
del revelde atentado el tiempo ha extinto
y disipó mi celo: son me fieles
los Xefes y las tropas, y escogido
un exército Tártaro se apresta
para volar en el socorro mio.
Ah! ya es tiempo, ya es tiempo.
Y vos, supremas
Mentes reguladoras del destino
del mísero mortal, baxad propicias
de mi celo en favor. Me cuesta un hijo:
vosotras lo sabeis. Ay! yo no imploro
otro premio mayor de mi peligro,
de mi llanto, mi sangre y mis cuidados,
y muera yo despues, que harto he vivido.
Mas qué tumulto?:-
Voces... Solo de Leango
esperamos la paz: viva el benigno
Padre del Pueblo.
Salen Siveno, el Sacerdote y algunos del Pueblo.
Leang. Y dónde tan alegre
caminas, hijo mio?
Siv. A tus invictos
pies, ó Señor:-
Leang. Qué haces? alza. Y estos
qué buscan?
Siv. A su Rey.
Leang. Qué dices, hijo?
Siv. Al fin, el Cielo:
Leang. Alzad, ó no os escucho. *Se levantan.*
Siv. Al fin, el Cielo coronó benigno
tus virtudes, Señor. De tantos Reynos
conservados por tí, por tí regidos
y por tí victoriosos y felices
eres ya Emperador, si Padre has sido.
Leang. Cómo?
Siv. Señor, los Grandes, el Senado,
los Ministros del ara y los Caudillos
solicitan tu asenso. Así lo exîge
la pública esperanza, y el peligro
del Trono ántes desierto, ahora tuyo,
y por todos en fin lo pide un hijo.
Sacerd. Virtuoso Leango, el Trono yermo,
por la falta de un Rey aborrecido
y muerto en el destierro, te convida
con este premio. El plácido rocio
sobre la ardiente arena del desierto
no le será mas grato al Peregrino,
que mirarte en su Trono al dócil Pueblo,
que adora en tí su Padre, en tí su amigo,
en tí su bienhechor, rumor confuso,
que anuncia un heredero, prevenido
su voz en tu favor. Bien deseára
de la raza Imperial gozar tranquilo
algun infante sobre el Chino solio:
pero

pero él sabe, señor, que han perecido
á manos de verdugos sanguinarios;
sabe tambien, que vengador cuchillo
cortó á raiz sus dulces esperanzas.
Y temiendo que un Príncipe fingido
no repita aquel dia de dolores,
aquel dia fatal, que dió principio
á la desolacion y la venganza;
á tí por su Monarca te ha elegido.
Y yo, Ministro del sagrado Templo,
Sacerdote de paz y del divino
Legislador *Confucio*, en nombre suyo
nuestra felicidad y paz te pido.

Sib. Ah! sí, Señor. Escucha grato un Pueblo,
que te aclama su Rey, dándote indicios
de eterno amor. Será que sin consejo
tus beneficios eches en olvido,
y que quando humillado te suplica
le niegues el mayor? Tan poco un hijo,
tan poco puede la afligida Patria?
Oye, Señor, escucha el regocijo
con que te llama Padre, con que invoca
tu amparo, y se prepara al sacrificio,
que debe preceder tantas venturas.

Sacerd. Vamos, Señor, que aguarda en el recinto
del regio Templo el numeroso pueblo
ansioso de besar tus pies invictos.

Leang. Tú quisisieras, Fortuna, la victoria *ap.*
de mi fidelidad; pero los brillos
de tu insidioso don no me deslumbran,
ni me guiará un cetro hácia el delito.

Siv. Qué piensas?

Leang. Qué preguntas? Sabes quánto
pesa el diadema de que va ceñido
el virtuoso Rey? quánto es dificil
dar exemplos y leyes? dar castigos
é inspirar el amor? ser Juez, ser Padre,
ciudadano y guerrero á un tiempo mismo?
Sabes quántos contrarios cautelosos
rodean su virtud? qué circuido
en delicia y placer se entrega al ocio,
ó á la crueldad le guia el imprescrito
poder que le confian? sabes quánto
seduce, quánto engaña el atractivo
de la lisonja, que en virtud transforma
las culpas de los Reyes y delitos?

Sib. Lo sé; tú me explicaste los escollos
de tan inmenso mar.

Leang. Y si vacilo
te causa admiracion?

Siv. Quando es experto
el piloto, Señor:–

Sacerd. Y qué peligro
puedes tú recelar? Quién supo sabio
la carga sostener de estos dominios,
Privado solamente, no podria
con nombre de Monarca? Yo te intimo
de parte de la ley, que tú te debes
al Pueblo en que naciste, al Pueblo mismo
que defiende tus Lares, y á quien une
lazo de estrecha sociedad contigo.
Hombres y Cielo te señalan todos
por nuestro Emperador, y tú remiso
no te quieras hacer reo á la patria,
negándole inclemente los auxîlios,
que á tu mano benéfica le pide
contra algun ambicioso.

Leang. Yo confio,
que no turbe la espada usurpadora
la paz de que gozais. Partid, amigos;
convocad al Senado á quien espero
declarar mi intencion. Y tú, hijo mio.
sigueme al Templo, donde al Númen santo
invoques favorable á mis designios.

Vase

Vase acompañado del Sacerdote y Pueblo.

Siv. Ya te sigo, Señor. En fin, fortuna,
yo tan léjos del Solio, yo creido
desdichado por siempre sin la mano
de mi bella Lisinga, que enemigo
un rival mas felice me quitaba;
ya el heredero del Imperio Chino
solo espero venturas, triunfos, glorias,
que tan solo apetezco, solo estimo
por poder presentarme ante los ojos
de mi amable cautiva de ella digno.
Y yo pierdo un momento tan precioso
en vanas reflexîones? Cielo, amigo,
dónde estará Lisinga? Mas Leango
hácia el Templo camina, y es preciso
acompañarle en él. *va á irse, y sale Lisinga.* Siveno, escucha.
Siv. Ay esperanza mia!
Lising. Dí, ha mentido
mi deseo, ó es cierto que tu Padre:-
Siv. Sí, todo es cierto.
Lising. Luego el prometido
Príncipe de la China es mi Siveno?
Siv. A Dios, Lisinga, en breve á tus divinos
ojos, no mas amante, mas dichoso
tornaré. A Dios.
Lising. Mas oye. Este improviso
rayo de tu ventura como:-
Siv. Sabe:-
ah! no puedo, que aguarda el Padre mio. *vase.*
Lising. Y no sueño? y es cierto? sí mi amante
ve aquí dueño del Asia, y el temido
arcano manifiesto. Qué venturas
me anuncia el corazon con mil latidos!
y qué delicias llenarán mis dias
al lado de un esposo! no el suspiro,
no el llanto de la pena dolorosa
empañará sus ojos ni los mios;
el llanto del placer bañará solo
á Lisinga y Siveno. Ya le miro,
rodeado de un Pueblo que le adora,
derramar generoso beneficio,
y oygo su augusto nombre resonando
en boca del mortal agradecido.
Ya le miro en el Sólio sacrosanto
de la Justicia, y premios y castigos
pesar en su balanza. Ya guerrero
le miro combatir al enemigo:-
Ay! Pero la victoria le conduce,
y toma vencedor, jamás vencido.
En fin le miro deponer humilde
el lauro del combate, y desceñido
sacrificar á mis amantes ojos
sus glorias y su amor en el asilo
de inehausto placer:- Amable suelo
donde aprendí el amor! con qué tranquilo
amará ya mi pecho sin el miedo
de abandonarte mas? con que contigo,
caro Siveno, víviré por siempre,
y por siempre amaré? Ay! el delirio
de la felicidad turba mi alma:-
Agitada :- confusa :- un sudor frio
y un ardor inmortal corre en mis venas.
Ah! que tanta ventura es ya martirio
para un alma, que ama, y es amada.
Ay! afectos, que entorno al pecho mio
volais arrebatados! basta, basta,
no me apreteis, que de placer espiro.

ACTO SEGUNDO.

Miradores, desde donde se descubre una gran parte de la Ciudad, y el atrio Sale Minteo.

Siv. Déxame: caro amigo; mi martirio
no sufre compañía ni consuelo
Mint. Mas no tan presto pierdas la esperanza.

Siv

Siv. Qué he de esperar? no rehusó el Imperio
Leango? el heredero no pretende
hoy mismo publicar? pues qué consuelo
habrá para mi pena?
Mint. Tu constancia.
Siv. Y qué constancia habrá contra el acervo
dolor que me rodea? Ya invocaba
por todas partes el alegre acento,
el nombre de Leango; ya en el ara
ardia fausto el sacrosanto fuego
en la presencia del antigüo anciano,
Legislador de Reyes y de Pueblos
el divino *Confucio*, quando entramos
mi padre y yo por el augusto Templo.
Yo seguia sus huellas, como el hombre
á quien conduce amor por el sendero
de su felicidad, á quien promete
un trono en recompensa de su zelo,
y (lo que es mas) la mano de Lisinga.
Así lleno de ardor, cada momento
que tardaba mi padre en ser Monarca,
me parecia, amigo, un robo inmenso
sobre la dicha mia. En fin, devoto
el Sacerdote, derramó el incienso
sobre la llama, é invocó propicio
el numen siempre justo; y extendiendo
la mano en que pendia el diadema,
se la ofreció á mi padre. »Yo la acepto
(le respondió tranquilo); pero vuelva
sobre el altar. Legislador supremo,
anciano virtuoso, que ya moras
al lado de tu Dios, á tí la entrego,
á tí, oh custodia de las santas leyes!
te doy en guarda el trono del Imperio.
» Tú sabes que hay un Príncipe. Sí, amigos,
(dixo, volviendo al Pueblo) un heredero
tiene la China, y pronto á los pies suyos
bendecireis el númen justiciero.»
Yo al oir á mi padre, qual herido
del rayo, confundido y sin aliento
me olvidé por un tiempo que exîstia;
pero salí del templo, maldiciendo
una ventura, que cruel huia
qual las fugaces sombras en el sueño.
Mint. Pero, Siveno, no te humilles tanto:
muéstrate digno del Imperial cetro,
quando lo pierdes.
Siv. Crees que yo llore
la pérdida de un trono? merecerlo,
no conseguirlo ha sido el voto mio.
Piérdase; la virtud no hará un esfuerzo
para sufrir su pérdida, no, amigo.
Mas tú, que sabes lo que oculta el pecho,
que ves arrebatarme con el trono
al dueño mio y que lo sufre el cielo,
¿quieres verme tranquilo en dolor, tanto?
Mint. Digno eres de piedad, yo lo confieso;
pero....
Siv. A Dios.
Mint. Dónde vas?
Siv. Voy á alexarme
de este palacio. Amigo, yo no puedo
esperar aquí paz: de mi pasada
felicidad el doloroso aspecto
veria en todas partes. Pensaria
allí, en sus dulces ojos alhagüeños;
aquí, como admitió mi amor piadosa,
en esta parte, el amoroso ceño;
en aquella las quejas, las finezas,
nuevas prendas de amor. Cada momento
pensaria las veces que me dixo,
que moriria envuelta en llanto eterno;

ántes que abandonar el amor mio...
Y la vería yo pasar al lecho
de un felice rival! Déxame, amigo.
Mint. Mas dónde vas?
Siv. A dónde? me voy léjos
de este suelo fatal: dexa que huya,
que ántes lo amaba, ahora lo aborrezco.
Mint Pero piensas, huyendo de los hombres,
encontrar en los áridos desiertos
alivio á tu pesar? no, amigo mio.
Cercado en todas partes por objetos
de amarga soledad y silenciosa,
la imágen del dolor irá en aumento
en una fantasía á quien ocupa
la memoria del mal y desconsuelo.
Aquí donde la dicha se aparece
baxo semblantes mil siempre diversos,
te hará quizá muy ménos infelice
la dulce imágen de un felice pueblo.
Siv. Ah, que la desventura á todas partes
va en pos del infeliz! ¿Y qué consuelo
tuviera yo, que no le acibaráse
el mirar á mi bien con otro dueño,
un bien, que solo es mio, entre los brazos
de un mortal mas feliz? Ah! que no puedo
resistir una idea tan horrible.
No, yo debo buscar, caro Minteo,
la odiosa compañía de las fieras,
y renunciar al bien que aquí no encuentro.
Mint. Detente: Ulania viene ácia este sitio;
quizá en tu mal te ofrecerá consejo,
Sale Ulania.
Siv. Ah Princesa! conoces otro alguno
mas infeliz en todo el universo?
Mas donde está Lisinga? sabe acaso
mi desgracia? qué dice?
Ulan. Al sentimiento
insensible quedó.
Siv. Desventurado!
Huyó mi dicha como niebla al viento
huyó, y huyó por siempre. Aquella mano
y el corazon que prometió á Siveno
amor, será de otro?
Ulan. No lo creas.
Siv. Cómo?
Ulan. Porque aun á costa de un Imperio
te será fiel. Te ama, tus virtudes
son el solio à que anhela, y yo penetro
su corazon.
Siv. Mas no pènetra el mio.
Sufrir yo que se mezcle al servil Pueblo
la que nació en el trono? un bien tan grande
á mi patria robar? quitar al cetro
su gloria y su ventura? ah! no lo creas,
ni me juzgué jamas á tal extremo
amante vil, ú Ciudadano indigno.
Ulan. Pues le queda á tu mal otro remedio?
Siv. Huir.
Mint. Dónde?
Ulan. Y á qué?
Siv. Donde no haya
alivio á mi dolor y á mi tormento:
á llorar y á morir.
Mint. Pues qué á Lisinga
así abandonas?
Ulan. Oyela primero.
Mint. O la verás al ménos.
Siv. Hay amigos!
qué me decis? Al ver su sentimiento,
el corazon la pena aumentaria,
y en el último, á Dios, quedará muerto.
Mas vosotros decidla quanto sufro,
que la amaré por siempre, que va impreso
su retrato en mi alma, que.... no amigos,
ah! no, callad, que es débil aquel pecho
contra dolor tan grande, y no se agrave

su

su desventura y su pesar. Yo quiero
morir; pero Lisinga, viva, viva
y muera solo el mísero Siveno.
Vase.

Mint. Si tu rostro es, Ulania, copia bella
del bello corazon, duelete al ménos
del infeliz amigo: ve á Lisinga
y á Leango á informar, parte al momento.
¿Quién sabe á qué pudiera conducirle
de dolor que padece?

Ulan. Y tú en el riesgo,
por qué así le abandonas?

Mint. No es posible,
que yo le siga porque ansioso vuelo
á sosegar un popular tumulto.

Ulan. Y quién lo mueve?

Mint. Ignoro al mismo tiempo
la ocasion y el autor.

Ulan. Mas por qué expones
al peligro tu vida?

Mint. Así obedezco
al venerable Alsingo.

Ulan. Quién es ese?

Mint. Quien niño abandonado en tierra y Cielo
me encontró, me acogió, limpio mi llanto,
y qual hijo educó. No me dió, es cierto,
mas conservó mi vida, y esta sangre
por él derramaré, pues á él la debo.

Ulan. ¿Y si acaso tu vida interesára
algun corazon noble que en silencio te amase?

Mint. No presumo, bella Ulania,
tanto de mi ventura, ni merezco
ser amado quizá?

Ulan. Pero en fin, dime,
romperias acaso los preceptos
de quien te detuviera cariñosa,
y apartarse tu vida de algun riesgo,
que haria el riesgo suyo?

Mint. Y tú lo dudas?
Yo daria mi sangre al duro acero,
si su peligro, ó el precepto suyo
lo exîgiesen de mí; pero primero
sería virtuoso, que no amante.
Esta luz que disfruto á quien la debo?
Ni quien guió mi planta en tierna infancia
por la senda del bien, sino el consejo
del bienhechor Alsingo? quién me puso
en el camino del honor supremo,
trayendome á palacio, y adestrando
mis manos al guerrero vencimiento?
En fin, quien conservó la vida mia
para ofrecerla ante los ojos bellos
de la divina Ulania, sino Alsingo?
Yo lo repito: si el primer aliento
de Minteo es de Alsingo, que él disponga
del último suspiro de Minteo.

Ulan. Qué generoso y grato!

Mint. En paz te queda.

Ulan. Oye.

Mint. Qué mandas?

Ulan. Es verdad que puedo
hacerme obedecer?

Mint. Pruevalo.

Ulan. Fio
en tí mismo de tí. Sabe, Minteo,
que debes responderme de tí propio,
y no arriesgar con temerario esfuerzo
una vida tan bella.

Mint. Dueño mio!
y es verdad? tú me amas?

Ulan. Yo! qué acento
he dicho yo de amor?

Mint. En tus temores,
en tu cuidado, en ese tierno afecto
y modesto rubor lo he conocido.

Ulan. Ah Minteo! y qué sirve el conocerlo?

Mint. De qué me sirve? de llenar mis dias
de mil venturas; de inocente premio
á mi amorosa llama, que no anhela
mas galardon, que ver tus ojos bellos
y la dulce esperanza de que un dia
seré quizá de tu cariño objeto.
Vase.

Ula-

Ulan. Ah! no aguardes el dia que me anuncias,
que ya triunfó el amor de mi secreto,
y la debil Ulania su recato
depuso en fin. ¿Pero podia menos
de adorar la virtud? Sí, yo debia
ocultarte mi amor. ¿Y quál ingenio
pudo encontrar el arte de ocultarle,
ó de esconder la llama del incendio?

Sale Lising. Hermana, y me abandonas? nunca tuve
mayor necesidad de tus consuelos,
amiga, y tu favor. Ah! no me amas,
pues me olvidas así quando mas peno.

Ulan. Mas que tú piensas tu dolor me aflige.

Lising. Pues bien, asisteme, que no me encuentro
yo capaz de consejo. En solo un punto
temo, deseo, dudo, me arrepiento,
y sumergida en mil y mil delirios
me confundo, me canso y no resuelvo.

Ulan. Y ¿qué has de resolver? Timur tu padre
sabes que te destina al heredero
del cetro de la China, y que tu amante
está léjos del trono.

Lisig. Harto lo veo,
¿por qué me lo repites? te complaces
en aumentar mi amargo sentimiento?
Sí, lo sé; pero dexa al amor mio
que se finxa delirios lisongeros;
que sino ¿qué me queda, qué me queda,
perdida la esperanza?

Ulan. Pues de nuevo
torna á creer, que es Príncipe tu amante.

Lising. ¡Ay Ulania! tampoco es un remedio
el delirio á mi mal. ¡Triste Lisinga!
Quando me preparaba á un himeneo,
que iba á hacer las delicias de mi vida;
quando embebida en dulces devaneos
me juzgaba dichosa, un solo golpe
el árbol de mi paz abate al suelo,
y arranca la raiz de mis placeres.
¿Sabes, amiga, quanto es el tormento
del infeliz, que un dia fué dichoso?
Dolorosa virtud, yo te detexto
yo detexto á Leango, que ha podido
ser insensible á un solio, y á Siveno
me arrebató cruel.

Ulan. Princesa, hermana,
modera tu dolor, vuelve en tu acuerpo
y no culpes injusta al que obedece.
Tú eres el signo de la paz de un pueblo,
y el Tártaro Monarca así lo manda.

Lising. Pues ve aquí mi dolor y desconsuelo,
si un padre que me ama me condena
al sinsabor de un yugo que aborrezco.

Ulan. Pero así afirma la amistad dudosa
del Tártaro y el Chino y conociendo,
que el lazo de un tratado es harto débil,
pretende que la sangre lo haga eterno.

Lising. ¡Y yo seré la víctima mezquina,
que debe hacer constante y duradero
con su infelicidad este contrato!
¡y yo nacida sobre el solio regio
no gozaré la libertad que goza
aun el mortal mas vil del universo!
¡Oh vosotros mil veces venturosos,
vosotros que tranquilos en el seno
de dulce obscuridad podeis ser fieles
á quien amor os dicta, sin que el miedo
de aborrecidas leyes os perturben!
¡ay, cómo envidio el plácido sosiego
de vuestro corazon! ¡ay, como envidio
lo que gozais y yo gozar no puedo!

Ulan.

Ulan. Hermana, yo confieso que tu suerte
es digna de mi llanto; y yo le vierto
sobre tu desventura; pero acaso
no habria un medio....
Lising. Calla que no hay medio:
que le ha cerrado el paso á mi fortuna,
cómplice con mi mal el duro Cielo.
Ulan. Escucha. Yo escribiera al padre mio,
descubriendo mi amor: él ama tierno
á su obediente hija, y no es posible,
que quiera hacer odiosos y funestos
los dias de su vida.
Lising. Es cierto, amiga:
corre á llamar veloz el mensagero
de Timur, entretanto que yo escribo.
Ulan. Voy.
Lis. Espera. Primero que á este puerto
retorne el mensagero: ¿quién, hermana,
me querra dar favor? Leango mesmo
me obligará á cumplir....
Ulan. Parte en su busca,
y que por tí difiera el himeneo.
Lising. Vamos.... ¿Pero qué causa he de fingirle?
¿Descubrirle mi amor? ¡ah! que no puedo
dar este duro paso. Si yo hallase
una razon.... ¿Mas dónde está Siveno?
¿por qué yo no le veo?
Ulan. No se atreve
á presentarse á tí.
Lising. Pero tú al ménos
le viste?
Ulan. Sí.
Lising. ¿Qué dixo? ¿qué medita?
Ulan. Medita su partida.
Lising. ¡Santo Cielo!
¿y por qué?
Ulan. Porque teme al dolor suyo
y teme á tu dolor que juzga inmenso.
Lising. ¿Y partió ya? *Ulan.* No sé.
Lising. ¿Qué no lo sabes?
¿Y esto, (guardias.). ¡cruel hermana!
y esto, *Sal. 2. guard.*
pérfida me callabas? Guardias, ola,
á Siveno buscad, no perdais tiempo,
alcanzadlo, traedle. *V. los guard.*
Ulan. Pero trata
de moderar tu pena.
Lising. ¡Ay! huye léjos,
huye de mí, muger.
Ulan. Amiga, hermana....
Lising. ¡Tú mi amiga! ¡mi hermana! cruel pecho;
ha! no profanes tan sagrados nombres;
mi enemiga eres tú: ni en ese fiero
corazon derramó naturaleza
de amor y humanidad algun afecto.
Ulan. ¿Pero no escucharás...
Lising. Con que inhumana,
¿quándo yo amante procuraba medios
de hacer menor mi mal, tu doble alma
se burlaba traidora y en secreto
de todo mi dolor? ¡Con qué apariencia
de síncera amistad, de amor fraterno
me consolaba y mi Siveno amado
huia en tanto de la patria léjos
y léjos de Lisinga! Ay! si las guardias
le podrán encontrar? guiadlas, Cielos,
guiadlas donde esté.
Ulan. Quiza muy pronto...
Lising. ¡Ah pérfida muger! que tú me has muerto.
Ulan. ¿Pero qué pude hacer?
Lising. ¿Qué me preguntas?
detenerle, avisarme.
Ulan. Mas que el viento
huyó veloz de mí, sin que pudiera
contenerle tu amor, ni yo y Minteo.
Lising. Calla que me aborreces, enemiga,
y cruel ries de mi llanto eterno.
Ulan. Me culpas sin razon. En pena tanta
como tú me confunde, y no soy reo,
sino lo eres. ¡Yo cruel! me olvida
por

por ella de mi propia, y vituperios
son la merced que obtengo? A Dios. ingrata.

Lising. Ah! no, perdona, Ulania, el sentimiento
me hacia delirar. Hermana, amiga,
asisteme, procura que Siveno
no se aleje de mí: ve, compadece
mis lágrimas y amor.

Ulan. Iré; mas quiero,
que no te abatas ni envilezcas tanto.

Vase.

Lising. Ve á buscar á Siveno, y yo lo ofrezco.
Ay! si yo le perdiera, ¿qué sería
de mí desventurada y sin consuelo?

Sal. Leang. Al fin, Princesa, se llegó aquel dia
en que te ofrezca el labio los respetos,
que el alma te ofreció. Mi soberana,
hoy de la China el astro placentero
brillarás en el trono, y conducida
al tálamo real....

Lising. Oye primero.
Si ha de vivir ó preso entre cadenas
mi corazon, elijáse los hierros
el infelice; que si amor injusto
cruel le arrebatase este derecho,
¿qué le quedaba, sino pena y llanto?
En fin, si á tu virtud concedió el Cielo
disponer de un Imperio, el alma mia
no sufre la opresion: á mi deseo
he dispuesto ya de ella. A Dios, Leango:
busca otro astro para el Chino Imperio. *Vase.*

Leang. Quiero desengañarla: mas no, antes
que los tártaros lleguen, mi secreto
no es justo aventurar.

Sale un Soldado Tártaro con un pliego.

Sold. Señor, las tropas
de Tartaria han llegado, y este pliego
sus caudillos te envian.

Leang. ¿Dónde quedan?

Sold. Al pie de las murallas.

Leang. ¿Pero el pueblo
no muestra alteracion al ver que pisa
un exército Tártaro este suelo?

Sold. Todo respira paz: quiza discurre,
que llega á la Ciudad con el intento
de celebrar la pompa de este dia,
de este dia feliz en que dos Reynos
esperan reunirse con los lazos
de una eterna amistad y el himeneo
de su bella Princesa.

Leang. Andad, amigo,
y decid á los Tártaros guerreros,
que presto servirán á mis designios
sus valientes espadas.

Sold. El deseo
que nos hizo elegir en favor tuyo
no será infructuoso. *Vase.*

Leang. A mi Siveno
es preciso buscar. ¡Quánta alegria
será la suya, si al augusto cetro
va unida su Lisinga! Mas leamos
lo que dice Timur. *lee.*

Sale Siven. Cielos! ya vuelvo
obediente al precepto de Lisinga.
Ay! que aun antes de verla, sudo, tiemblo:
no....¿mas puedo faltar á lo que manda?

Leang. En fin astros benignos, llegué al puerto,
llegó el socorro Tártaro.

Siveno. Lisinga
lo quiere y es preciso: mas ¿qué veo?
mi padre, huyamos, no penetre acaso
mi turbacion.

Leang. Escuchame Siveno.
(El Cielo me le envia.)

Siveno. ¿Y qué disculpa... *Ap.*

Leang. Señor. *se arrodilla.*

Siveno. Padre, qué haces? *le alza.*

Leang. No merezco
ese nombre.

Siveno. Por qué? tú lloras! dime,
¿qué lágrimas son esas que en tí observo?
mísero yo! quiza de aquese llanto
que tus mexillas baña un hijo es reo.

Leang.

Leang. No tengo hijo.
Siven. Ah Señor! perdona,
perdoname mil veces: ya comprendo
que no apruebas mi amor, ni que atrevido
adorase á Lisinga. Es cierto, es cierto;
la culpa es grande; ¿pero habrá quien pueda
verla y no amarla?
Leang. Es justo, y yo te apruebo
el amor á tu esposa.
Siven. Mi delito,
¡ay padre! no merece los tormentos
de una burla cruel, quando su mano
de un Príncipe ignorado será premio.
Leang. Y tú eres ése. *Siven.* Quién?
Leang. El regio niño,
que arrebaté á la muerte en el sangriento
estrago de los suyos. Hasta ahora
regí por tí las riendas del Imperio,
suspirando aquel dia en que tranquilo.
te devolviese el trono de tu pueblo;
y pues que ya llegó, venga la muerte.
Siven. Sera verdad ó acaso devaneo.
Yo...¿tú me engañas?
Leang. Nó: tú eres *Svenvango*,
último hijo de *Livanio.*
Siven. Cielos! ¿Y el trono. *Leang.* Tuyo.
Siven. ?Y mi Lisinga... *Leang.* Tuya.
Siven. ¡Oh venturoso yo! Lisinga.... ¿sueño?
ah! yo quiero que sepa...
Leang. Y dónde corres?
Siven. A verla.
Leang. Si me amas, yo te ruego,
que ninguno te vea en un estado
tan ageno de tí: vuelve en tu acuerdo
y considera..
Siven. Ay Dios! Lisinga llora.
Leang. Yo voy á consolarla. Tú en el templo,
miéntras los Sacerdotes y el Senado
se juntan por mi órden, con secreto
aguarda solitario, y entre tanto
ve preparando el alma al nuevo peso.
Medita quantos pueblos en tí esperan
su padre ó su tirano; á quantos Reynos
ora infelices, ora venturosos
podrás hacer; que todo el universo
sera tu juez; que la virtud ó el vicio,
sobre el trono admirados, son exemplos
que imita siempre el hombre; "que á los Reyes
les concedió el destino los Imperios
en custodia, no en don:,, que de sus obras
pide razon sobre su trono eterno
un Dios jamas injusto, que qual ama
al que fué amado del humilde pueblo,
tal ódia los tiranos, y en su frente
derrama las venganzas justiciero.
Siven. Sí, padre mio, haré... verás... quisiera
decirte mucho... mas Lisinga... el cetro...
todos tus beneficios...
Leang. No te afanes,
Señor.
Siven. Señor me llamas? ah! no quiero
sino ser hijo tuyo: en este nombre
está mi gloria toda. ¿Sin el zelo
de mi caro Leango, qué sería,
qué sería de mí? Tú mi maéstro,
mi bienhechor, mi padre, en fin mi amigo,
todo á tí te lo debo: amor, respeto,
fidelidad...
Leang. No mas, amado hijo, *le abr.*
que no puedo sufrir tan dulce afecto.
Perdoname, Señor, y si mi llanto,
y la sangre infeliz, que dí al acero
por conservar la tuya han merecido
al que Padre llamabas algun premio,
disculpa un hombre, que impaciente abraza
no á su Rey, á su hijo. Pero el tiempo

es precioso, Señor, y voy en busca
de la Princesa. A Dios. *le abraza vase*
Siven. Al fin ya puedo
llamar mia á Lisinga ¡Qué inefable
será quando lo sepa su contento!
Sale Mineteo. Amigo, escucha alguno?
Siv. Nó. *Mint.* Oh extraña
disposicion del hado!
Siv. Y qué suceso
es el tuyo?
Mint. Que el Principe ignorado
se ha descubierto ya.
Sív. Cómo tan presto
te llegó la noticia?
Mint. Y quién ha sido
quien la traxo á tí?
Siv. Leango mesmo.
Mint. Hubieras tú creido, que tu amigo
fuera un Monarca? *Siv.* Qué.
Mint. Que tu Minteo
fuera hija de Livanio.
Siv. Tú? *Mint.* Sí. *Siv.* Cómo...-
Mint. Y para hacerte sabedor primero
de una noticia tal á tí, venia,
mas puesto que la sabes, ni un momento
me puedo detener: á Dios
Siv. Escucha
(que es esto cielos)! Dí, y ese secreto
quien te le reveló?
Mint. Mi anciano Alsingo.
Siv. El que ignorado niño..
Mint. Yo le debo
á su engaño la vida: él me dio cuenta
de mi nombre, mi agravio y nacimiento
con el mayor sigilo. A Dios.
Siv. Mas oye.
Que testimonio ha dado de que es cierto
tu agravio antigüo, el nacimiento ilustre
y en fin de que es Minteo el herede (ro
del cetro Chino?
Mint. Todo lo atestigua
la lealtad del anciano. El dia (mo
en que sañudo un pueblo sublevado mes-
tiró contra al Monarca el duro yerro
ví el sol la vez primera. Ya tú sabes,
segun nos ha contado en algun tiempo,
el fiel Leango, que la airada turba
entró en Palacio con furor rompiendo
matando atropellando quanto hallaba.
Huyó Livanio del revelde aceso.
Pero el pueblo cruel, que penetraba
por la regia mansion quizá sediento
de la sangre imperial, la iba buscando
de las Princesas en el blando seno.
Yo tambien pereciéra, tierno niño
abandonado de la tierra y Cielo,
si en mis propios verdugos no se hallase,
un hombre de piedad, que padeciendo,
su corazon en las heridas mías
me arrancó de sus manos, y asi embuelto
en las reales ropas, que conserva
en prueba de su amor, huyó encubierto
á los campos conmigo. Allí he vivido
oculto baxo el nombre de Minteo
hasta que tu buen padre generoso
me trasladó al honor, que de él obtengo.
tal es el testimonio de mi anciano.
Siv. Dónde estoy!) Pero al fin con qué pretexto
te lo ocultó hasta hoy?
Min. Vacio el trono
aguardaba ocasion en que sin riesgo
pudiese hablar; mas hoy en que á Leango
lo vió ofrecer y en mi á su justo dueño.
descubrió la verdad. Oh! si tu vieras
qual lo celébra el numeroso Pueblo!
Pero yo me detengo y mi tardanza
pudiera ocasionar con el rezelo
algun tumulto. A Dios, Siveno amigo,
que subdito ó Monarca serlo ofrezco,
Siv. Oye un instante,
Mint. A Dios. *vase.*
Siv. Eterno Númen,

qué

qué es esto ? Soy *Sveraingo*, soy Siveno ?
dónde estoy, ó quién soy ? me engaña el Padre,
ó es mi amigo traydor ? Ah ! que no puedo
creer falaz á un Padre, ó á un amigo.
Mas cómo guarda un testimonio regio
de mi desdicha y la ventura suya
en la veste pueril ? Sería cierto,
que pérfido Leango alimentase
mi alhagüeña esperanza, cuyo objeto
una cruel verdad disiparía ?
Nó, que esto es imposible, no lo creo.
Yo fuí testigo, que su grande alma
despréció un Sólio augusto Templo
que no la fuerza, á la pérfidia indigna
se lo ofrecian: lo ofrecia un Pueblo,
que adora en él las glorias y virtudes,
que hicieron venturosos los Imperios.
Mas lo guardaba para mí, que siempre
fuí el primero objeto de su anhelo.
Ora Rey, ora hijo ha demostrado
un amor paternal á su Siveno;
y harto virtuoso para hacerse
una burla cruel de su tormento.
Y si mi amigo es Príncipe? Lisinga:-
Ay ! qué será de mí si yo la pierdo?
si quando imaginaba siempre amante
ofrecer á sus pies corona y cetro
la veo circuida del diadema
por una mano agena ? Ah ! yo te cedo,
venturoso Mintéo, Trono y gloria;
pero no me arrebates el consuelo
del amor de Lisinga, sino quieres
que muera de pesar y sentimiento.
Mas ella viene: huyamos, y no añada
dolor á su dolor.
Sale Lising. Gracias al Cielo,
mi bien, que te encontré. Mi Rey mi Esposo,
qué ya te puedo dar nombre tan tierno
y tan lleno de amor !
Siv. Desventurada ! *ap.*
qué la diré, que no la rompa el pecho
con la saeta del dolor?
Lising. Te juro,
que no trocára el plácido contento
que gozo ahora con los mismos Dioses:
hoy :- mas tú, amado mio, tan inquieto,
tan triste con Lisinga ?
Siv. Oh ! Dios !
Lising. Acaso
no me amas, ingrato ?
Siv. Y cómo puedo
vivir yo sin amarte ?
Lising. Habló Leango ?
Siv. Sí.
Lisig. No te dixo ya, que el Heredero
eres del sacro Sólio, y que Lisinga
es tu esposa ?
Siv. Tambien.
Lising. Pues á mi dueño
que le puede afligir ?
Siv. Ay ! que por siempre
nací á la desventura y al tormento.
Lising. Pero por qué, quando risueña ofrece
su mano la fortuna con un cetro
y tu amante se llama toda tuya,
va mezclado el suspiro en los acentos ?
Siv. Ni yo sé lo que soy, ni si eres mia:
yo deliro, yo sufro, yo padezco,
yo no sé :-
Lising. Habla, mi bien.
Siv. A Dios. *Lising.* Esposo.
Siv. Ah ! no me des, Lisinga, el nombre tierno,
que el corazon cruel me despedaza.
A Dios, Lisinga, á Dios. Yo espiro, Cielos. *vase.*
Lising. Mísera yo! qué es esto? se ha mudado ?

me aborrece quizá? pudo un momento
arrancar de su alma aun la memoria
de su primer amor y juramentos ?
Es este el mismo hombre, que ha un instante
me llamó suya ante mis plantas puesto
y me ofreció su fé jamás extinta ?
Quién le trocó, que un bárbaro silencio
dió por respuesta á un alma enamorada,
á un alma, que buscaba su consuelo
en la felicidad de su tirano?
Quando giraban sin vagar risueños
mil delirios suaves á mis ojos
empapados en llanto placentero,
que el amor derramaba: quando amante
volaba á tener parte en el inmenso
placer de tu ventura, cruel hombre,
indiferencia fria será el premio!
Tú me aborreces, sí, tú me aborrecés:-
Aborrecerme! ah! no fue su pecho
perjuro para mí, ni el virtuoso
exercito el engaño: quizá el Cielo
le aquejaba cruel con nuevos males,
que me quiso encubrir, ó el Trono regio
segunda vez le arrebató inclemente.
Pero, dichosa yo, si solo pierdo
una gloria fugaz, no apetecida,
y conservo su amor como primero.
Yo lo renuncio todo y la esperanza
de llegarlo á gozar, sino el consuelo
de amar y ser amada:- Númen santo,
quítame el Trono, y déxame á Si-Siveno.

ACTO TERCERO.

Sitio solitario y umbroso del jardin imperial y fuente á un lado. Sale Siveno, y despues Soldados Chinos.

Siv. Dónde estará Lisinga? en fin, oh! Cielos!
pues que me obligas á emplear la fuerza
por conservar un bien, que tú me diste
y que tú me arrebatas; á tu cuenta
irá mi muerte á manos de mi Pueblo,
é irá la sangre que mi espada vierta..
Pero dónde estará, que no la encuentro
por Palacio á mi amable prisionera,
ni por este jardin? Graciosa fuente,
tú que viste algun dia las ternezas
del amor de Lisinga y de Siveno,
tambien serás testigo á la violencia
de un rapto que asegura mi ventura.
Pero mi Tropa viene.

Salen Comparsas Chinos, y el Soldado que los conduce.

Siv. Y la Princesa
amigos, dónde está? la habeis hallado ?

Chi. En vano hemos corrido en diligencia
el Palacio Imperial en busca suya
sin perdonar la estancia mas secreta,
cumpliendo con tu amor; pero sin duda
huyó de esta mansion, que en torno cerca
un Pueblo armado.

Siv. Qué decis ? acaso
ha roto en en su furor la Imperial puerta
alguno de la plebe amotinada ?

Chi. Nó, Señor: todo yace en paz serena
en el sacro interior de este recinto,
y el Pueblo ante sus muros aun respeta
la mansion de sus Reyes: pero acaso,
si á poco tiempo no la mira abierta,
usará de la llama, introduciendo
en ella otro Monarca.

Siv. No me inquieta
el deseo trydor, que con mi acero
presto castigaré: Lisinga bella
es ahora el objeto de mi miedo,
y es preciso buscarla y defenderla.

Amigos, si el amor, los beneficios,
si una vida al peligro siempre puesta,
y quizá por salvarnos; si las palmas,
que arranqué al enemigo en la pelea,
y que ciñeron vuestra sien invícta,
quizá regadas con mi sangre mesma,
el dia de los triunfos, pueden algo
sobre la gratitud: seguid mis huellas
en busca de Lisinga, que la suerte
me procura quitar porque yo muera.

Ch. Caudillo generoso, ya tú sabes
nuestro valor y la amistad eterna
que te juramos; guia.

Siv. Pues seguidme,
penetrando la estancia lisongera
del jardin. Cielo santo, no permitas,
que un rival mas dichoso la posea.

Vase por la parte opuesta á la por donde sale Lisinga.

Lising. Soledad deliciosa, que algun tiempo
testigos fuiste á llantos y promesas
de mi caro Siveno; ay! quán en vano
busca mi alivio en tí mi dura pena!
ay! quán en vano regarán mis ojos
de mi primer amor las caras huellas,
que aún en tí veo impresas! Cielo santo,
qué te hice yo jamás, que te ensangrientas
contra dos infelices que se aman?
ó por qué mi esperanza lisongeas
con un don, que arrebatas quando pienso
que le voy á gozar? Ya el díadema
me ceñía la frente con mi amado,
y rayo asolador en torno vuela
que tala mi ventura fugitiva.
Me ama Siveno, ú la enemiga estrella
enagenó su corazon? mas Dioses!
qué tumulto:-

Salen Siveno y los Chinos, que se fueron con él.

Siv. Lisinga?

Lising. Qué te altera?
qué buscas? qué me anuncian esas armas?

Siv. A vuestra fé, Soldados, recomienda
el mísero Siveno en su Lisinga
la mitad de su alma. A toda priesa
conducidla á la Torre, que las aguas
del ancho rio bañan. Defendedla
y vedla en su amparo. Sus pisadas
sigue, mi bien, y á tu Siveno espera,
que tornará veloz.

Lising. Caro Siveno,
y quál nuevo peligro me rodea?
á dónde vas?

Siv. El Pueblo amotinado
inunda la Ciudad, y su violencia
pretende introducir en el Palacio
un nuevo Rey, que en su delirio crea,
y voy á refrenarle.

Lising. Escucha: ó tente,
ó llévame contigo donde pueda,
si tú mueres, morir.

Siv. Nó, que tu riesgo,
adorada Lisinga, el mio fuera:
mi corazon temblára al solo amago
de un acero desnudo. En paz te queda;
vuelvo al momento.

Lising. En paz, (oh Dios!) y en tanto
vas á arrostrar la barbara fiereza
de todo un Pueblo!

Siv. Nó; de este Palacio
corre feroz el vulgo á la gran puerta
y allí grita en tumulto. Yo por otra,
que al rio dá donde mi gente espera,
le heriré por la espalda: los cobardes
poco resistirán. Mi bien, no temas.
Pero tú lloras?

Lising. Y podré sin llanto
verte correr veloz á tanta empresa?
ah Siveno!

Siv. No llores y he vencido.
Esas hermosas lágrimas penetran
mi pecho de temores; y tu amante,
que esgrimirá la espada en la pelea,
y la verá esgrimir sin miedo alguno
se

se desanima y afligido tiembla,
quando te vé llorar:- ah! basta, basta
el dulce palpitar, que amor me cuesta.
Vase Siveno con una parte de los Soldados.
Lising. Dioses, dadle favor.
Sale Lean. Dónde, Lisinga, *con Guardias.*
caminas tan turbada?
Lising. Y tú no vuelas
á socorrerle? un popular tumulto
amanezca el Palacio :- la sorpresa:-
Lean. Desecha el miedo, todo está seguro.
Lising. Cómo seguro?
Lean. Ignoras, tú, que llega
el exército Tártaro, que envia
tu generoso Padre en mi defensa,
y hácia aquí se encamina conducido
por sus nobles Caudillos?
Lising. Y si mientras
el vulgo pertinaz el Atrio inunda,
nos dará el tardo auxîlio en quien esperas
venganza y no defensa.
Lean. Mis Soldados
custodiar el Palacio y los gobierna
el valiente Minteo; bien podemos
fiar las vidas á su fuerte diestra.
Lising. Luego por qué Siveno en el peligro:-
Lean. Cómo el peligro?
Lising. Por la oculta puerta,
que da en la orilla del undoso rio
va encontrar los reveldes?
Lean. Id apriesa,
guardias á detenerle. *Vánse los Guardias.*
Lising. Andad, amigos.
Lean. Quánto es dificil moderar la ciega
pasion de un jóven! Pero yo confio,
que tú refrenes, ó Lisinga bella,
el ímpetu ardoroso; que una Esposa
será mejor Maestra.
Lising. Ay! que no es hecha
esa felicidad para Lisinga.
Lean. Pero qué miedo tu quietud altera
ahora, que el peligro ya no exîste?
Lising. Y lo podré creer? de pena en pena
tú sabes, que las mias se eslabonan,
y que quando descubro alguna senda
para mi bien, la ocupa el hado adverso,
sin dexarme alentar en la carrera
de un dolor, que me oprime, que me sigue
y que por todas partes me rodea.
Y no habré de temer?
Lean. Nó, que no hay causa.
Bella Lisinga, tu pesar consuela;
confiate en un Padre que te ama
tanto como á Siveno, y no le creas
capaz de consolar con ilusiones
á sus mejores hijos. Ah! ¿qué fuera,
qué fuera de las lágrimas vertidas,
si no pudiese realizar la oferta
de tu ventura y la ventura suya?
Sí, tu esposo será. Pueblo, nobleza,
sacerdotes, caudillos solo aguardan
ver en su frente el cándido diadema
para besar la planta de tu amado,
y adorar en el trono á su Princesa.
Lising. ¿Pero el pueblo que pide, qué pretende
con el acero en la rebelde diestra
y corriendo furioso?
Leang. Solicita
quiza ver á su Rey; pero la fuerza
le tornará tranquila, y las esquadras
que llegan de Tartária... En fin modera
tu sobresalto; todo te acobarda.
Lising. Ah! qué quieres? si en lágrimas envuelta
no conozco la dicha, sino en sombra
y el amor siempre teme.
Leang. Y siempre espera,
puedes tambien decir; pero ese tuyo
solo anuncia desgracias, y es baxeza
no creerse capaz de las venturas
de que vas á gozar.
Lising. El Cielo quiera...
Leang. Jamas el Cielo apareció mas puro,

Leang.

ni mas severo: la cruel tormenta
en amenaza está desvanecida;
llegóse al puerto en fin, Lisinga, alienta.

Lising. Ah! tú me das la vida, que perdida
creí sin mi Siveno, y aligeras
el peso que oprimia el pecho mio:
quizá que mi esperanza lisongea
una falaz imágen de ventura;
pero entretanto vive y se consuela.
Yo me voy á la torre, y allí aguardo
á salir para el trono ó quedar muerta

Vase con los soldados de Siveno por la izquierda.

Leang. Esperaré el aviso de que al templo
llegaron los llamados: mi impaciencia
juzga un siglo el instante...

Sale Ulan. ¿A dónde, amigo,
adonde está mi hermana? Corre, vuela,
defiendenos, huyamos.

Leang. Pero, Ulania,
de qué tanto temor? no te avergüenza
ese miedo importuno?

Ulan. ¿Y tú, Leango,
permaneces tranquilo, quando intenta
un pueblo criminal...

Leang. Y tú, qué temes:
cerrada en el Palacio?

Ulan. Ah! que tu necia
confianza nos pierde! Yo, yo misma
ví del atrio Imperial la entrada abierta.

Leang. Y las guardias?

Ulan. Ninguno se resiste,
ni ninguno desnuda en su defensa
el acero leal.

Leang. Cómo! Y Minteo
qué hace? dónde está?

Ulan. Minteo anhela
á usurpar este cetro.

Leang. Quién? Minteo?
mi siempre fiel Minteo?

Ulan. No lo creas:
él guia el traidor pueblo, él le acaudilla.

Leango. Qué escucho! ¿y es posible que me venda
con tal perfidia?

Ulan, Fia en aquel rostro
donde brilla el candor y la modestia;
fia en su dulce voz... él viene, huyamos
de su acero fatal.

Sale Mint.

Leang. Traidor, espera.

Mint. ¿Contra quién esa espada...

Leang. Contra un hombre
traidor, pérfido, ingrato.

Mint. Yo!

Lisang. ¿Son estas
las dulces esperanzas de mi anhelo?
¿la merced de mi llanto y de mi pena
y el fruto de mi amor? ¿De tu Monarca
pretendes ocupar la silla regia
y aún no murió Leango? Alma traidora!
No subirás al trono, sin que viertas
antes la sangre de tu antiguo padre
y de tu bienhechor: y miéntras vean
la luz del claro sol mis tristes ojos,
no ceñirá tu frente el diadema.

Mint. Pero escucha, Señor...

Ulan. Permite al ménos,
que se disculpe.

Leang. Y juzgas tú, que pueda
disculparse del pérfido atentado
de una traicion?

Mint. Pretenden, que yo sea
el Príncipe *Svenvango*: el pueblo clama,
y yo solo quisiera...

Leang. ¿Y tú gobiernas
las esquadras del pueblo? dí, perjuro.

Ulan. Pero dejadle hablar.

Mint. Y yo quisiera,
que solo me dixeses, si es que debo
oponerme ó seguir la plebe inquieta:
esto queria.

Leang.

Leang. Sí, pero conduces
un pueblo todo, abriendo á su violencia
las puertas del palacio que te fio.
Mint. Palacio está seguro, que sus puertas
ninguno profanó: nadie me sigue
y solo vengo aquí.
Leang. Pues tú, Princesa...
Ulan. Yo ví al pueblo furioso ante la entrada
de palacio, ví abrirla, ví por ella
y entre la multitud que entró Minteo,
y yo corrí veloz á darte cuenta.
Mint. ¿Y tú juzgaste que tu buen Minteo
te sería traidor, aunque la tierra
y el Cielo derramasen en su frente
con generosa mano mil diademas?
Ah! que yo no esperaba tal ultrage
de tí, Señor, y tu bondad paterna
se desmintió conmigo este momento.
¡Yo poseer un trono, sin licencia
de un padre bienhechor á quien le debo
quanto soy, quanto valgo! No me creas,
Señor, ingrato, y toma el cetro augusto
que la nacion humilde me presenta;
que yo á tu lado quedaré tranquilo
con que mi protector y padre seas,
adorando en Leango las virtudes,
que me faltan á mí y en él se encuentran.
Leang. Con que...
Mint. Tú solo eres de mi dicha
y de un trono que el hado me grangea
el arbitro y el dueño.
Ulan. Y no he de amarle! *Ap.*
Mint. Escucha y exâmina, en fin ordena
del Imperio y de mí: y hasta que hayas
decidido, Señor, para quien sea,
en rehenes del publico reposo
aquí Minteo prisionero queda,
Ulan. ¡Oh alma generosa!
Leang. Sin motivo
te culpaba, hijo mio; mas tu excelsa
virtud me excusa, y ella es tan sublime,
tan inaudita y noble, que supera
á mi esperanza.
Ulan. ¿Y no será Minteo
el Príncipe, Señor?
Leang. No, Ulania bella.
Sigueme al templo y ante el sacro numen
te diré quien es Rey; tú del diadema
la gloria y el apoyo, tú la paga
eres de mis sudores y mis penas,
pero no mi Monarca; y sin embargo
ha llegado á tal signo la grandeza
de tu heroyca virtud, que solio y cetro,
hijo Minteo, has encontrado en ella. *Vase.*
Mint. Esperé, Ulania, que me hiciese un trono
digno acaso de tí; pero...
Ulan. Nó creas,
que eres indigno de mi amor sin trono,
ni que codicie dones de la estrella
quien ve brillar en tí virtud y gloria.
Yo te amo, Minteo: en vano ciega
de una ilusion cruel quise ocultarlo;
que no soy insensible á tantas pruebas
de un noble corazon como es el tuyo,
y nunca la virtud erró la senda,
que conduce al amor y que da paso
para las almas que el honor grangea.
Yo te amo, Minteo, y generosa
por quanto abarca la extendida tierra
no trocára tu amor.
Mint. ¿Qual de los hombres
fue mas feliz que yo? Bella Princesa,
amor mio, mi bien...
Ulan. Vamos al templo.
Mint. Sí, mas ve tú primero por que es fuerza,

que

que en compañía de Siveno vaya:
ve que voy en su busca; á Dios.

Ulan. Espera,
que no está en el palacio y sabe el Cielo,
si acaso volverá: por donde riega
los jardines el rio salió armado
encontra los rebeldes.

Mint. ¡Oh imprudencia!
¡oh temerario amigo! Yo me afano
por refrenar de un pueblo la violencia,
vengo prenda de paz á presentarme,
y va de nuevo ante la plebe inquieta
con su riesgo á irritarla. ¿Y yo me tardo?
¿y yo no le socorro?

Ulan. Tú me dexas,
ingrato, por Siveno?

Mint. Ulania mia,
él peligra y tú no.

Ulan. ¿Pero no es prueba
de poco amor...

Mint. De poco amor! ¡ah como
se engaña el dueño mio! Considera,
que un amigo traidor no es buen amante,
que en el alma inocente son eternas
tan suaves pasiones, y que el Cielo
con mano amiga las enlaza en ella.

Ulan. Sí, mi bien, es verdad, corre en su amparo,
ofrece al fin la generosa diestra
por tu mejor amigo; pero amante
guarda tu vida, si la mia aprecias.

Mint. Tú me la haces amable, y yo te juro
de conservarme para tí.

Ulan. Pues vuela
ya corre á tu Siveno, que en el templo
mi corazon será la recompensa.

Mint. ¿Qué no executaré, si á un mismo tiempo
el amor y amistad mi pecho alientan?

Vanse. Parte interior del templo Imperial; altar sobre que está la estatua de Confucio, y á su rededor varios discipulos en actitud de recibir la doctrina del Filósofo Chino, contenida en sus libros. Leango, el Bonzo y comparsa de Chinos.

Leang. En fin, pueblo dichoso, llegó el dia,
que señaló la sábia providencia,
despues de quatro lustros, en que adores
del árbol Imperial la rama excelsa
en el augusto Solio de sus padres.
El ignorado Príncipe, que esperas
y que hará tu ventura, es mi Siveno,
y á él le debes tu amor y tu obediencia.

Sacerd. Generoso, Leango si la espada
de un pueblo vengador hirió sangrienta
las débiles gargantas de los hijos
del Monarca Livanio en edad tierna;
por qué adulas con vanas esperanzas
á tu nacion humilde que desea
ver el cetro en tu mano y triste clama
por gozar la ventura que le niegas?
El trono es tuyo.

Leang. Basta, Sacerdote.
¿Quién os hizo Señores del diadema
para ceñir con él agena frente?
¿Con qué quando mi mano la conserva
para su dueño á costa de peligros
no alcanzaré mas gloria en recompensa,
que la de usurpador? Yo lo repito:
Siveno es vuestro Rey. Y tú que velas,
espíritu sublime y virtuoso.
sobre la suerte próspera ó adversa
del justiciero trono; al ara llego
á tomar en tu nombre aquesta venda,
que te dexé en depósito, que nunca
rodeará usurpada la cabeza
de un Rey que tú no apruebas, y que solo,
no á conseguir, á merecer anhela.

Sacerd. Pero aguarda, Señor: ¿dónde se halla
nuestro nuevo Monarca, que se aleja

del impaciente pueblo en el momento,
que se va á coronar?
Leang. Pasion violenta
de juvenil edad le expuso incauto
á los delirios de una plebe inquieta;
pero ya mandé yo, que le conduzcan.
Sale el Sold. Chino.
Sold. Señor, volad conmigo á la defensa
del valiente Siveno, que cercado
de aceros mil, que en torno le rodean
y todos sus parciales derrotados,
contra la multitud solo pelea.
Leang. ¿Y ahora vienes para darme aviso,
cobarde, del peligro en que le dexas?
corramos en su amparo.
Sale Lising. Es tarde, es tarde.
Leang. Qué dices?
Lising. Qué ya ha muerto,
Leang. ¡Oh nunca sea
un infortunio tal? quién lo asegura?
Lising. Estos ojos (¡ó Dios!) mi llanto y pena.
Yo en la torre (aí de mí!) le ví atrevido
correr y combatir; mas sin defesa...
¡ah que no puedo hablar!
Leang. Cielo!
Lising. De flanco
embistió á los rebeldes, que pelean
en torno del palacio: se rehacen;
le circundan, le hieren, le atropellan,
le dexan sus amigos: él ocupa
una fragil barquilla y á la inmensa
multitud que le sigue, le hace rostro.
Pero la turba inunda su pequeña
barca, y por todas partes impelido,
flechado, herido y con la faz cubierta
en sangre suya y enemiga sangre,
cayó al rio y murió porque yo muera.
Leang. Y por que muera yo. Tristes amigos.
todo lo hemos perdido; ya no queda
ni aun la esperanza; el trono está desierto;
yo arrojé al viento qual menuda arena
mi pena y mi sudor. Cielo inclemente!
qual es mi culpa, qual que me atormentas
dilatando una vida de amargura?
Merecieron jamas tal recompensa!
mi honor y mi lealtad? Principe caro,
ah! de qué te sirvió la piedad tierna
de tu vasallo y tu mejor amigo?
Reusó en tu favor un diadema;
prefiero en fin tu vida á la de un hijo,
á la vida de un hijo, y luego.. oh! pena!
oh dia de dolorl! oh muerte! oh! muerte!
Aborrezco la luz que me rodea,
la luz de maldicion cruel por siempre,
que presidió al nacer á mi exîstencia.
Sac. Generoso Leango, no condeno
el dolor que te aflige, leal prueba
de un corazon amante de sus Reyes.
Tambien la China en su pesar envuelta
maldecirá por siempre el hado injusto,
que robó la esperanza lisongera
de adorar en su trono el sacro ramo
de la estirpe real: mas considera
que tu apoyo, tú Padre de la Patria,
á tí vuelve los ojos, de tí espera
medicina en su mal, y si tú faltas,
ay del mísero sólio á quien cruenta
orlada ceñirá, manchada en sangre
del ambicioso, que á ocuparle anhela.
Conservanos tu vida.
Leang. Ay! de mi vida
llegó el ultimo dia, ni hay quien pueda
hacerla grata para mí. Si ha muerto
mi Rey y mi Señor como...
Sale Ulan. Oh qué nuevas,
Leango, traigo!
Leang. Calla, lo sé, ha muerto.
Siveno.
Ulan. Vive, vive.
Leang. Y cómo...? apenas

pal-

palpita el corazon.

Lising. Y quál ha sido
el Dios que le ha salvado?

Ulan. La fineza
de su caro Minteo.

Lising. Ay! tú me engañas.

Leang. Es cierto?

Ulan. Sí. Cercano á las riberas
estaba ya del caudaloso rio,
quando entre mil espadas que le cercan
ve caer á Siveno. Pero hendiendo
la multitud, que ocupa las amenas
márgenes, salta al rio, y en un punto
llega á su buen amigo á quien liberta
de las ondas y la ira de su Pueblo.

Leang. Ah soldados, volemos y la fuerza
consiga el detenerle.

Ulan. Nó: el Palacio
tiene el frente y las tropas le rodean
del exercito tártaro: Minteo
le ha sosegado, y no es el que antes era
un pueblo sublevado sin caudillo:
solo pide á su Rey, séa el que sea

Leang. Mas dónde está Siveno?

Lising. Por qué tarda?

Ulan. Miradle con quién viene.

Salen Siveno, Minteo y Sequito de Soldados, que trahen cubiertos en unos azafates las vestiduras reales de un niño.

Leang. Ah! llega, llega,
ó tú de mi vegez honor, delicia,
precioso fruto de mi llanto y pena,
llega, ó tú mi Monarca.

Siv. Soy tu hijo.
No me ofrezcas, el cetro, no me ofrezcas
un don, que robaría de las manos
de mi libertador y que me hiciera
ingrato para siempre. El heredero
ve aquí, ó pueblo, en Minteo de que pruebas
harto grandes dará.

Leang. Lee este pliego
Dandole uno que saca del pecho.
y dí, si hay prueba, que se iguale
á esta.

Siv. Quien le escribió?

Leang. Livanio padre tuyo.

Mint. Luego quién seré yo, cruel estrella. *ap.*

Lee Siven. " Pueblo, mi propio hijo es hoy Siveno:
"yo fui testigo fiel de la nobleza
"de su libertador, el virtuoso
" y constante Leango, que reserva
su vida para el Trono. Yo Livanio. «
No estoy en mí! mas dime: si yo fuera:-
(acercaos aquí) dime: conoces
esta manchada vestidura regia
con la sangre de un niño?

Lean. Ay Dios! qué veo?
cómo en tu mano está?

Siv. Calla: no era
la vestidura en qué *Svenvango* envuelto
la muerte recibió?

Lean. Nó, no era esa.

Siv. En estas ropas no murió? pues cómo?

Lean. Como mi caro hijo estaba en ellas.

Siv Y quién se las vistió?

Lean. Yo, que tranquilo
le ví por tí espirar, yo, que á la diestra
de sus verdugos ofrecí su vida
por conservar tu frente al diadema.

Siv. Oh! virtud sin exemplo!

Lising. Oh alma digna!

Ulan. Oh noble corazon!

Siv. Y un hijo cuesta:-

Lean. No mas, no mas. Por qué con tal imagen
acibarais el gozo, que enagena
al venturoso Pueblo en este dia?
ó por qué me quitais la recompensa
debida á mi virtud en los placeres,
que gozaba mi alma y ya desea?
Al ver ese ropage, al ver la sangre,
sangre de un hijo! el corazon flaquea,
y baxo del dolor gime oprimido.
Ah! que veo a mi hijo entre la fiera
multitud de asesinos, que me llama,

y en vez de hablar, la mano tiernezuela
extender á su Padre ensangrentada:
veo vibrar la espada, que atraviesa
una y mil veces su inocente pecho;
veo en fin, (oh dolor!) cómo se agegan
en el licor de muerte sus pupilas:
yo lo veo y no muero á tanta pena!

Mint. Amado Padre, ah! yo soy tu hijo.

Lean. Qué dices?

Mint. Que yo soy á quien lamentas.
Alsingo me salvó casi espirando
envuelto en esa ropa, y su terneza
creyó salvar al Rey: por mí te hablan
las heridas que ves. Observa, observa;
tú eres mi dulce Padre.

Lean. Sostenedme,
amigos.

Se apoya sobre el Sacerdote, y Siveno despues de reconocer el pecho de Minteo.

Ulan. Oh ventura!

Lising. Oh Providencía!

Siv. Tú me quitas un Padre. *á Minteo,*

Mint. Pero vuelvo
al sucesor la investidura regia.

Sacer. Sí, virtuoso hijo, sí, Leango,
mas virtuoso aún: la mano eterna
de un Dios, que remunera las virtudes
se extendió sobre tí. Qué recompensa
mas alhagüeña para el alma grande,
que el ver que justifica su clemencia
con proteccion augusta sus designios?
Goza la gratitud de la Nobleza,
del Pueblo, del Senado, de tus Reyes.
Bendígate los Cielos y la tierra,
y adore humilde el hombre agradecido
la imágen de virtud, que representas.

Siv. Y yo seré el primero, que venere
este don de los Cielos, copia excelsa
de la Divinidad, Padre, Maestro
de mi primera infancia en cuya escuela
á envidiar su virtud aprendí un dia.
Y tú, Minteo, quánto me superas
en el premio, que el Cielo te guardaba!

Mint. Yo lo conozco, y la benigna estrella
me dispensa una gracia, qual ninguno
pudo creer llegar á merecerla.

Siv. Déxame al Padre mio, y toma el Trono.

Leang. Hijos, amados hijos, por clemencia
callad, no me apreteis, que ya no puede
mi débil corazon contra la fuerza
del placer que lo inunda. Eterno Cielo
venga ahora la muerte, que ya vuela
sobre mi blanca sien: hallé á mi hijo
y libré á mi Monarca. Qué me queda
ya que gozar, despues de tanta dicha
inutil peso sobre el ancha tierra?

Siv. No exîste en vano el hombre virtuoso,
ni se le ofrece al Dios que nos rodea
sacrificio mas grato, que de un alma
que exerce su virtud á la presencia
del hombre criminal. Vive, Leango,
vive á ser el modelo donde aprenda
la justicia tu Rey. Y tú Minteo
tú, libertador mio, porque veas,
que no soy insesible al benificio;
yo te doy mi amistad, te doy en ella
á Ulania por esposa; en fin, amigo,
para que no haya un premio, que le exceda
al premio que te doy, Leango es tuyo.
Sea tu Padre y mi maestro sea
quizá tú mas feliz en ser su hijo,

que

que yo en ser tu Monarca. Y tú Princesa,
dispon de un corazon tuyo por siempre
y que pone á tus pies el diadema.
Lising. Yo admito el grato don, Príncipe mio.
Tú sabes, si te amo y quanta pena,
quanto dolor me cuesta el amor tuyo.
En fin, riyó la suerte mas serena,
sobre mis desventuras, y ya riges
un trono, que no anhelo, que desprecia
mi corazon, si tú no le ocuparas
y ceñido de gloria en el te vieras.
Pero te veo en el y en él adoro
quien la virtud de mi Siveno premia.
Leang. Monarcas ventursos, si yo os guio
al ara de la paz y la terneza
donde tranquilos bendigais mil veces
la benefica mano, que os reserva
para ser las delicias de mis años
y amor eterno de la Patria vuestra.

FIN.

En la Libreria de Cerro, calle de Cedaceros y en su puesto calle de Alcalá, se hallará ésta, con la coleccion de las nuevas.

Amigo: yo mismo ignoro el nombre, que deberé darle á mi trabajo. Porque aunque verdaderamente ni el argumento, ni el plan sean mios, ni la mayor parte de los versos no reconocen á otro por autor, que á mí solo. El celebre poeta Italiano, que sabía el dilatado intervalo, que ocupa la Música en los Melo-dramas, no pudo estenderse en lo que meramente se recita, que la traducion de ello ocupase el tiempo, que duran regularmente nuestras Comedias. Por lo mismo me ha sido fuerza añadir un número de versos algo mayor, que el de los traducidos, inventar escenas, y crear personages, de los quales uno es el Sacerdote, y sino me engaño, habla, tanto en el teatro como en la sociedad por la primera vez uno de su clase en el lenguáge digno de su Ministerio y de la mansedumbre de su Mision.

Los multiplicados errores de un Poeta comun quedan confundidos con sus mismas obras lexos de alterar las ideas, que de la regularidad hemos formado. Pero los de un hombre tan justamente célebre como Metastásio pueden tener una influencia de masiado extendida, y no deben mirarse con la indiferencia de los primeros. Hablando en general, la presente Opera no es la flor mas bella de la corona del Poeta. El plan es inexâcto y cumplido, y complicado, y como en la mayor parte de las suyas, la duplicidad de la acion me roba el interes, que la unidad produce: y es harto extraño, que un hombre, que seguramente no era ignorante en el estudio de la naturaleza, echase en olvido que tanto en lo fisico como en lo moral, á proporcion de la extension que adquirimos, perdemos en profundidad. Pero sin duda algun motivo, que á nosotros se oculta, le obligaba á cometer tan de continuo este defecto.

Por otra parte, yo creo que Leango es el que unicamente interesa, y sobre quien debia recaer el premio. Metastásio, es cierto, que ha querido y ha sabido hacer interesante al virtuoso Leango; pero no ha satisfecho al Público en lo segundo. Por la constitucion del Drama no podia ser de otra suerte: pero la multitud, que ignora las reflexiones demasiado profundas, que deben preceder para que la satisfacion de serlo sea el unico premio del hombre virtuoso, exíge otras mercedes mucho mas familiares y sensibles para los que han sabido comunicarle sus intereses y pasiones.

La peripecia ó reconocimiento de Minteo se vé con tanta mas frialdad, que este es un personage puramente accesorio, destinado unicamente, desde el principio, como de recompensa á la virtud de su leal Padre. Sus versos son tan inutiles á la accion como el objeto de ellos, Ulania, por lo mismo frios y de ningun efecto.

En fin Lisinga no es otra cosa para el Publico, que lo que es una Dama respecto á la segunda, esto es: una muger cuyo papel por lo regular es mas largo; y el Expectádor no se pregunta, si Lisinga casará con Siveno, sino, ¿ quien será el Rey? Estos creo, que son sus defectos en general. Pero en recompensa un dialogo noble y animado, una versificacion tan sencilla como suave y una armonia variada, que caracteriza las composiciones de su ilustre Autor, serán bastantes á reconciliarlos con él. Por desgracia, yo no habré podido quizá trasladar sus bellezas; pero tal ha sido siempre la suerte de los hombres mas dignos, y Metastasio quizá tiene mas razon, que otro alguno para quexarse de la suya.

COMEDIA FAMOSA.

NO HAY EN AMOR FINEZA MAS CONSTANTE, QUE DEXAR POR AMOR SU MISMO AMANTE.

LA NITETI.

DE UN INGENIO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Amasis, Rey de Egipto, Barba.	*Niteti, Princesa de Egipto.*	*Torisbo, Pastor, Gracioso.*
Sorete, Principe, su hijo, Galàn.	*Beroe, Pastora, Dama.*	*Livio, Criado. Musica.*
Amenofi, Rey de Sirene, Galàn.	*Silena, Pastora, Graciosa.*	*Marineros. Soldados.*
Tebasse, Capitan de las Guardias.	*Un Sacerdote de Isis.*	*Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Levantado el telon, se descubre parte sombrìa, y remota de los internos Jardines de la Real Corte de Canope, en las riberas del Nilo, correspondientes à varios quartos del Palacio Real de Amasis: se verà el Sol salir por el Oriente, y salen Amenofi, y Livio, y canta la Musica el quatro siguiente.

Music. à 4. CElèbre felice,
aplauda festivo
à Amasis el grande
triunfante el Egipto.
Y pues de sus males
se vè redimido,
con tonos le alabe,
le admira con Hymnos.

Amenofi. Ya siguiendo la Aurora,
de Canope las cumbres el Sol dora,
y à los Coros anuncia la alegria,
con que al sòlio de Egipto en este dia
feliz se eleva Amasis venturoso,
y Sorete olvidado, y perezoso,
no llega: què disculpa havrà que quadre,
si èn tales circunstancias falta à un Padre?

Se vè en el foro un Barco, en el que viene Sorete de Pastor.

Livio. Señor, un Barco llega,
que àzia nosotros ya velòz navega.

Amenofi. El Principe es sin duda,
à encontrarle mi afecto, Livio, acuda.

Llega à la orilla.

Principe, còmo tardas de esse modo,
quando ya prevenido Egipto todo,
para el triunfo de Amasis se prepara,

quando ya su llegada nos declara
el musico rumor, el dulce acento,
que ocupa alegre la region del viento?
Vèn, pues, donde dexando
esse rustico trage, que ocultando
està tu noble sèr, y tu persona,
en fè del noble afecto que te abona,
como leal vassallo, y como hijo,
el comun regocijo
de la Corte acompañes, ya que el hado
borrò con conducirte, mi cuidado.

Soret. A los Cielos, amigo, à Dios pluguiera,
que antes que à tu presencia me tragera
del Nilo la corriente caudalosa,
construyera en su margen arenosa
à mi pecho infelice Mausolèo,
sepultando mi vida en el Letèo.

Amenofi. Què tristeza, Sorete, què delirio,
què frenesì tirano, què martirio,
tu valor agraviando, y tu nobleza,
venciò de tu constancia la firmeza?

Soret. Ay Amenofi! *Amen.* Sigue, dame cuẽta
del dolor infeliz, que te atormenta.

Sorete. No puedo, que en mis labios
no caben de mi suerte los agravios.

Amenofi. Acaso, dì, Beroe con olvido
satisface el amor, que la has tenido?

Sorete. Es mayor oy la pena,
à que implacable el hado me condena.

Amenofi. Puede darse tormento mas airado,
que verse de su Dama mal pagado?

Sorete. Sì, amigo, pues es pena mas violenta
perder el bien, que logra el alma atenta:
à Beroe he perdido: aora mira
si mi discurso con razon delira.

Amen. Còmo ha sido possible mal tan grave?
Beroe acaso ha descubierto, ò sabe,
que tù no eres Pastor, no eres Dalmiro,
y por esse motivo algun retiro
la aparta de tu afecto, y de tus ojos?

Sorete. Mayores son sin duda mis enojos.

Amenofi No la hallaste en su rustica morada?

Sorete. Sin fruto, por la orilla despoblada
del Nilo, mi locura
solìcita ha buscado su hermosura,
hasta que un Pastorcillo, al fin, me dixo
(mira con quantas causas oy me aflijo)
que la passada noche fue robada
de otra Ninfa inocente acompañada,
por hueste crùel, y fiera,
que recorriò del Nilo la ribera.

Amenofi. De Arabes atrevidos fue sin dùda
accion tan alevosa, y tan sañuda.

Sorete. Egipcia tropa ha sido
(conocerla el Pastor pudo advertido)
la causa de este daño.

Amenofi. Con gran razon estraño
el caso, que refieres; pero advierto,

Suena dentro ruido de Musica.

que el musico concierto
avisa, que à la Corte se avecina
el Rey, velòz camina:
ninguno aqui te vea,
sin que tu trage sea
el que toca à tu estado;
pues de tu padre al lado,
en tan festivo dia,
es fuerza que acompañes la alegria.

Sor. Aqui me aguarda, amigo, no me dexes,
mientras buelvo à tu vista, no te alejes;
apiadete mi acento,
que explica en triste tono mi tormento.

Area. Corro el Mar, no encuentro orilla,
me amedrenta el riesgo undoso,
necessito, y pido ansioso
luz, socorro à tu piedad:
Improvisa es la tormenta,
todo infausto azàr se aùna,
si al furor de la fortuna
me abandona la amistad. *Vase.*

Amenofi. O tirano amor! y còmo
sabes rendir las potencias,
y trastornar los sentidos
de quien sigue tus vanderas!
Pero què Ninfas, què Tropas,
divinos Cielos, son estas?
Niteti la hija de Aprio,
de Egipto unica Princesa:
Niteti el dueño que adoro,
infelice, y prisionera,
entre sus mismos Vassallos!
Què es esto, Niteti bella?

Salen Niteti, y Beroe en trage de Pastoras, Silena, y Toribo, todos conducidos de Soldados Egipcios.

Niteti. Ignoro, gran Amenofi,

la

ſa cauſa de mi tragedia,
y temo, que al nuevo Rey,
al fiero Amaſis, me llevan:
quizàs victima inocente
al altar de la ſoſpecha,
para que, faltando en mì
la legitima heredera
de Aprio mi padre, ſin ſuſto
llegue à ceñir la diadema
de Egipto el intruſo Amaſis;
ſuya ha ſido la violencia,
con que del boſque en que eſtaba
oculta de ſu fiereza,
me conducen eſtas Tropas
con mi amada compañera.

Amenoſi. De ſemejantes delirios,
de tan traidoras cautelas,
no es capàz, ſeñora Amaſis,
inutil es la ſoſpecha:
quièn es, decid, de eſta tropa
el Capitan? dònde queda?

Niteti. Tebaſte ſe llama, al Rey
fue à buſcar con diligencia.

Amenoſi. Al momento voy à hablarle;
eſtad, gran ſeñora, cierta,
de que luego lograreis
la libertad; mi promeſſa
os lo aſſegura. *Beroe.* Ay Dalmiro!
quièn darte aviſo pudiera *ap.*
de eſte infelice ſuceſſo!
pues no hallandome en la ſelva,
has de morir al dolor,
que te ocaſionò mi auſencia.

Niteti. No es eſta (ò Rey de Sirene!)
no es eſta, no, la primera
fineza que os he debido,
conozco quanto ſoy vueſtra.

Amenoſi. Aunque mas lo conozcais,
no es poſsible, no, que pueda
llegar vueſtra comprehenſion
à donde mi afecto llega.
Vos fuiſteis ſiempre (ay de mì!)
mi eſperanza liſonjera:
por vos::- pero perdonadme,
que no es dable que refiera
lo que fuiſteis, lo que ſois,
pues del amor la violencia,
à mi pecho, y à mis labios
ha pueſto iguales cadenas.

Silena. Señor, ſi và ſu merced::-

Torisbo. Señor, ſi và vueſtra Alteza::-

Silena. A buſcar à eſſe Tebaſtro::-

Torisbo. A buſcar à eſſe perrera::-

Silena. Que nos peſcò allà en el monte::-

Torisbo. Que nos pillò allà en la ſelva::-

Silena. Haga ſoltarnos tambien.

Torisbo. Haga que nos dè licencia.

Silena. Pues no tenemos mas culpa::-

Torisbo. Pues no tenemos mas pena::-

Silena. Que havernos peſcado juntos::-

Torisbo. Que havernos cogido cerca::-

Silena. De la Princeſa Niteti.

Torisbo. De Niteti la Princeſa.

Silena. Y en caſo que ſe reſiſta::-

Torisbo. Y en caſo de que no quiera::-

Silena. Quedeſe con mi marido.

Torisbo. Quedeſe con mi Silena.

Silena. Que es la coſa que en el mundo::-

Torisbo. Que es la coſa que en la tierra::-

Silena. Me peſa mas en el alma.

Torisbo. Mas en el alma me peſa.

Amenoſi. Ea, callad, que no eſtoy
para oìr vueſtras ſimplezas.
A diſponer voy, ſeñora,
que libre el Egipto os vea,
ya que por eſclavo vueſtro
me ha deſtinado mi eſtrella. *Vaſe.*

Beroe. Ay Niteti! ay dulce amiga!
ſi leal, y fiel compañera
te he ſido ſiempre, ſeñora,
ſi te obliga mi fineza,
ſi te ha obligado el amor
con que te adoro, merezca
que intercedas, para que
luego à mis boſques me buelva
(ay de mì!) porque ſi en ellos
Dalmiro, mi dulce prenda,
ha ido à buſcarme amante,
es preciſo que fallezca
al peſar de no encontrarme,
y en pielagos de triſtezas
naufrague qual navecilla
ſin laſtre, timòn, ni velas:
conozco ſu corazon,
sè, que me quiere de veras,
sè, que le pago tambien,

y que es forzoso que muera
yo al dolor de su pesar,
y èl al pesar de mi ausencia.
Niteti. No asi, Beroe, te aflijas,
tu libertad por mi cuenta
corre; pero mientras tanto,
de nuestra fortuna adversa
debes sufrir la inconstante
instable voluble rueda.
Beroe. Si yo me hallàra en tu estado,
de valor, y de firmeza *Musica.*
quizàs te diera exemplares.
Niteti. No son iguales las penas
con que el hado me maltrata?
Beroe. Hay muy grande diferencia;
pues aunque en Canope entrambas
nos hallamos prisioneras,
aunque las dos suspiramos,
tù sabes que en tus cadenas
lograràs vèr à Sorete
objeto de tus finezas,
y yo no espero lograr
de Dalmiro la presencia.
Niteti. Es verdad, Beroe querida,
te confiesso mi terneza:
amo à Sorete, sin que
noticia de mi amor tenga,
y la esperanza de verle
mis prisiones aligera.
Beroe. Si la esperanza de un bien
puede minorar tus penas,
què estrañas, que uno que pierdo,
pueda aumentar mis dolencias?
Niteti. Ay Beroe! como viesses
al que adoro, tù aplaudieras
las causas de mi alegria.
Beroe. Si tù (ò Niteti bella!)
conocieras à Dalmiro,
disculpàras mi impaciencia.
Niteti. Què, es tan galàn?
Beroe. Tan bizarro::-
pero disculpa mi pena,
y si es armonìa del alma,
oyelo de sus cadencias.
Canta. Es mi bien tan amoroso,
tan constante,
que un diamante
en firmeza vencerà:
Es amable, sì, sì, sì, sì,
èl no es falso, no, no, no, no:
siempre fino me adorò,
siempre firme me amarà.
Niteti. Bien dixiste, mas Tebaste.
Beroe. Todo mi recelo aumenta.
Sale Tebaste, Capitan de la Guardia.
Tebaste. Al destinado lugar
donde el triunfal carro espera,
Nitetì, ya llega Amasis.
Soldados, guiad su Alteza
hasta su vista, que à mì
al mismo sitio me lleva
con mayor prisa el cuidado
de mi forzosa assistencia. *Vase.*
Niteti. Vamos, pues: à Dios, amiga.
Beroe. De aquesta suerte me dexas?
què harè sin tì, gran señora?
Niteti. Beroe querida, no temas,
yo harè de modo, que logres
el alivio que deseas.
Vase Niteti, y Soldados.
Silena. Ama mia, la Niteti
nos ha dexado muy frescas.
Beroe. La palabra cumplirà
de bolvernos à la selva.
Torisbo. Conforme se le antojàre,
nunca fiè de promessas;
mas vamos à vèr què droga,
ò què pantomina es esta.
Silena. Vamos. *Torisbo.* De mì no te apartes,
pues aunque con essas jergas,
no eres pajara de Corte;
en ella hay muchos, Silena,
que hartos de pavas cebadas,
buscan pollitas de Aldèa. *Vase.*
Silena. O! la malicia en nosotros
casi viene à ser herencia! *Vase.*
Beroe. Què nueva para mì, Cielos,
es esta mansion! què nueva
esta pompa! quanto miro,
què nuevo! *Al paño Sorete.*
Sorete. Ya no hay que tema,
pues el rustico disfraz
depuesto, antes que me viera
mi padre::- pero què miro!
Repara en Beroe, y sale.
Es ilusion de la idèa!

Be-

Beroe bella? *Beroe.* Dalmiro?
Sorete. Còmo en la Corte te hospedas?
Beroe. Còmo vistiendo tal pompa?
Sorete. A dònde vàs? què deseas?
buen susto, sì, me ha costado
no haverte hallado en la selva.
Beroe. No me cuesta à mì muy poco
el verte de essa manera,
que casi decir no puedo
quien eres: no te detengas;
què sucesso te transforma?
què vestidura es aquesta?
habla, dònde està Dalmiro?
dònde el Pastor, que es mi prenda?
Sorete. De todo, adorado dueño,
oy deseo darte cuenta. *Sale Amenofi.*
Amenofi. Ya llega Amasis tu padre,
Sorete, con diligencia
adelantate à su encuentro,
pues de hijo, y padre son deudas.
Beroe. Què engaño es este? Sorete!
Principe de Egipto era, *ap.*
el que Dalmiro creìa?
ò, al escucharlo fallezca,
antes que acaben conmigo
de mis zelos la violencia,
al contemplar que Niteti
le adora, estima, y aprecia!
Amenofi. Vamos, pues.
Sorete. Ay Amenofi!
Amenofi. Un punto no te detengas.
Sorete. Vè adelante, ya te sigo.
Amen. Bien; mas mira, que el Rey llega. *Vas.*
Sorete. Beroe::- *Beroe.* Calla, tirano,
(el susto embarga mi lengua)
tù eres Sorete? dì, tù eres
Principe de Egipto? ò, fiera
cautela! Tù me has mentido
estado, semblante, y señas,
fingiendo tambien quizàs
las amorosas ternezas,
con que halagueño rendiste
el Reyno de mis potencias?
Còmo pudiste abusar,
ingrato, de mi creencia?
Còmo à burlar te atreviste
tan inocentes finezas?
Còmo à un afecto tan fino,
con una traicion como esta
has pagado? Còmo à un alma,
que del todo tuya era,
pudiste tratar tan mal,
pudiste hacer tal ofensa?
Sorete. Perdona, amada Beroe,
una inocente cautela,
à que me induxo el amor
de tu singular belleza:
ardid fue de amor, señora,
para que igual me creyeras
à tu estado, y de este modo
fuessen mis dichas mas ciertas.
Pastor me amaste, Pastora
el alma te quiso atenta:
mi sangre quise ocultarte,
porque sè, que en la violencia
del amor, es la igualdad
la mas suave cadena. *Arrodillase.*
Ya me tienes à tus plantas
del modo que tù me quieras;
Principe, si assi me estimas,
y Pastor, si assi me aprecias.
Beroe. Alza del suelo, Sorete,
no estès mas de essa manera,
perdonale à mi passion,
(ò Principe) si en tu ofensa
he atropellado el respeto,
que le debo à tu grandeza.
Sorete. No assi me trates, mi bien,
y sino quieres que muera,
buelve al idioma de Amor,
y el del respeto enmudezca.
Beroe. Còmo, quando eres::-
Sorete. Tu amante.
Beroe. Còmo, quando soy::-
Sorete. Mi prenda.
Beroe. Què dolor!
Sorete. Tanto te ofende
saber, que Dalmiro sea
el heredero de Egipto?
Beroe. No ofende, pues tu grandeza
merece mayor Imperio.
Sorete. Pues siendo de essa manera,
por què lloras, dì? *Beroe.* No sè,
si de alegria, ò de pena
lloro; pues quando contemplo
esta Real preeminencia,

que,

que, à mi vèr, ſe te debia,
en dulce llanto ſe anega
el pecho, y mas que Paſtor
oy Principe te quiſiera;
pero ſi buelvo la viſta
à la igualdad, que deſea
el amor, lloro en tu eſtado
de mi Dalmiro la auſencia.

Sorete. No tienes que recelar,
mi dueño, que à ſer agena
paſſe la gloria en que anìmo,
y ſi alguno deſaprueba
eſta locura de amor,
eſte exceſſo de fineza,
tù miſma, Beroe, tù miſma
le concluye, y le ſentencia.
Contigo ſolo, bien mio,
he de vivir; quando muera,
contigo ha de ſer, no, no
es poſsible (aunque quiſiera)
abandonarte; he de ſer
tuyo, ò bien al Trono aſcienda
de Egipto, ò bien à los montes,
ò à la cabaña me buelva.

Beroe. Eſſa eſperanza aſſegura
lo que mi pecho recela,
viendo fruſtrado el cariño,
que lograr Niteti eſpera.
Advierte, ſeñor, que ya
el Rey tu padre ſe acerca:
vete (ay Dios!) no te echen menos.

Sorete. Ya lo hago; pero antes ſepa,
ſi quedas deſenojada.

Beroe. Eſſa duda es indiſcreta;
no pueden durar las iras
à donde el amor impèra.

Sorete. Voy ſeguro, dueño mio,
de que mi amante cautela
has perdonado piadoſa?

Beroe. Si, bien mio, que la ofenſa
que nace de amor, en sì
propia el perdon ſe lleva.

Sorete. Què merezco tus afectos,
y tus paſſadas finezas?

Beroe. Si, Principe; vete luego,
mira que tu padre llega:
no te detengas. *Sorete.* Seràs
ſiempre::- *Beroe.* Lo que tù quieras;
pues ſolo tu amor es quien
mi vida, y mi sèr conſerva.

Sorete. De què modo, Beroe mia?

Beroe. Eſſo dirà mi firmeza.

Canta. Yo ſoy amante Eſtrella,
tù eres el Sol que ſigo,
la luz, que en tì conſigo,
cauſa mi claridad.

Cant. Sorete. Si al eſcuchar tu halago,
de puro amor no muero,
es ſolo porque eſpero,
que ſiempre te he de amar;
ſin tì vivir no quiero.

Beroe. Sin tì no he de reynar.

Los 2. Què amante fineza!
què fiel voluntad!
què afecto dichoſo!
què amor ſingular
reſulta en el pecho,
el alma tendrà,
ſi amor con ſu yugo
la llega à enlazar! *Vaſe Sorete.*

Beroe. Sueño parece mi dicha,
aun no me atrevo à creerla:
ſepa mi amada Niteti
la ſuerte que me franquèa
el hado: ſepa que hallè
en eſta hermoſa floreſta
à mi Dalmiro, en Sorete,
y el Paſtor, que era mi prenda;
y ſi culpàre mi amor,
notando la competencia
de querer lo que ella quiere,
à peſar del ſuſto, ſepa,
que no el engaño la ofende,
pueſto, que en igual empreſſa
del trato que ella merece,
tengo yo la preferencia. *Vaſe.*

Salon de Palacio, y ſalen Amenofi, y Amaſis.

Amenofi. A dònde vais, gran ſeñor,
quando ya todo diſpueſto,
para vueſtro Real triunfo,
impaciente aguarda el Reyno?

Amaſis. Antes que el Imperial carro
piſe, Amenofi, tenemos
que tratar un grave aſſunto,
con recato, y con ſecreto:
Por eſſo ſolo contigo

de

de mis Guardias, y del Pueblo
me he apartado. *Amenofi.* Ya sabeis
quanto serviros deseo.
Amasis. La lealtad que he conocido
en tu fiel, y heroico pecho,
que por conservarla supo
despreciar el vasto Imperio
de Sirene, herencia tuya,
ha cautivado mi afecto
de manera, que si Amestris
mi hija, adorado objeto
del amor mio, viviera,
en tì la nombràra dueño:
sobre Sirene reynàras
absoluto desde luego:
este no es favor, es deuda,
que à tu valor le confiesso.
Amenofi. Excede en tantas finezas,
señor, mis merecimientos.
Amasis. Aun son pocos; calla aora,
jura lealtad, y silencio
à quien para alivio suyo
và à descubrirte un secreto.
Amenofi. A todo el Cielo lo juro,
gran señor, à tus pies puesto.
Amasis. Aora, dì, de Aprio contrario
me has creìdo en algun tiempo?
Amenofi. Todo el Egipto, señor,
siempre ha juzgado lo mesmo.
Amasis. Pues todo Egipto se engaña
contigo, aunque para el yerro
teneis fundamentos justos.
Revelado todo el Reyno
contra Aprio, le defendì
con el mas leal esmero.
A mi pesar, los rebeldes
por Rey suyo me eligieron,
y Aprio, viendo ya impossible
el recuperar su Cetro,
me mandò, que le admitiera
(aun su propia orden conservo)
queriendo, antes que passàra
su Reyno à poder ageno,
que se quedasse en el mio.
Amenofi. Què escucho, divinos Cielos! *ap.*
Amasis. Favorable la fortuna
halagaba mis deseos,
quando llegando el instante
del inevitable feudo
de la muerte, à su presencia
Aprio me llamò en secreto,
y en mal formadas razones,
y en balbucientes acentos,
me dixo: busca à Niteti
mi hija, que el contratiempo
de la suerte me ha usurpado,
y perdido; y pues yo muero
(si la encuentras) de Sorete
serà esposa, que con esso,
sin que falte de la tuya,
à mi sangre buelve el Cetro:
Con lagrimas le jurè
executar sus preceptos.
Iba à proseguir mi Rey;
pero embargandole el tiempo
la inexorable guadaña,
puso fin à sus acentos.
Yo, Amenofi, solicito
cumplirle mi juramento,
por cuya causa he mandado,
que con diligente esmero
se buscasse à la Princesa.
Ya la noticia me dieron,
de que Tebaste la hallò
del Nilo al margen opuesto;
solo de mi hijo Sorete
la indole contraria temo:
En èl ya sabes, que Amor
nunca ha logrado su imperio:
feudatario de Diana,
los montes son su recreo,
la soledad, y la caza
arrebatan sus afectos:
corregirle es importante,
para conseguir mi intento.
Esto, mas bien que no un padre,
un amigo puede hacerlo:
y assi, procura inclinar
su corazon al incendio
casto de Amor, ponderando
en su presencia el portento
de virtud, y de hermosura,
que en Niteti alaba el Reyno.
Si por tì, amado Amenofi,
se logra mi pensamiento,
deudor te serè sin duda

de

de mi vida, y mi ſoſsiego.
Amenofi. Yo, ſeñor::-
Amaſis. No te diſculpes:
yo no vivo ſin recelo,
mientras que al difunto Aprio
no cumplo mi juramento.
Al Principe vè à buſcar,
mientras que voy al trofèo:
haced, ſagradas deidades,
que ſe logren mis deſeos. *Vaſe.*
Amenofi. Inutiles eſperanzas,
ya puedo daros al viento,
ſabiendo que la beldad,
que adoro (duro tormento!)
he de vèr, à inſtancia mia,
en poder de ageno dueño. *Vaſe.*
Salen Beroe, Silena, y Torisbo.
Beroe. Amigos, vamos à vèr,
pues aun no ha empezado el Règio
triunfo, ſi por aqui
à Sorete acaſo encuentro
otra vez, pues ſin ſu viſta
el alma no halla ſu centro.
Silena. No ſerà facil lograrlo
en la confuſion que vemos.
Torisbo. Quàndo ſe empieza eſte triunfo,
que nos eſtàn prometiendo?
Silena. Pues no conoces, Patàn,
que aparatos como aqueſtos,
neceſsitan prevenciones?
Y que dos horas lo menos
tardan mas de lo que dicen,
y le prometen al Pueblo?
Llega à Amenofi, que và ſaliendo.
Beroe. Oìd, ſeñor: haveis viſto
(perdonadme ſi es exceſſo)
à Sorete?
Amenofi. Eres Beroe,
de aqueſſe recinto ameno
belliſsima habitadora?
Beroe. La miſma ſoy.
Amenofi. Mi deſvelo
con el tuyo ſe compàra,
pues en iguales extremos
ambos ſomos infelices,
y eſtamos en igual rieſgo.
Beroe. Por què, ſeñor?
Amenofi. No pretendas,
bella Paſtora, ſaberlo,
que haràs el dolor mas grave:
admite un util conſejo:
huye luego de la Corte,
buelvete à tus montes luego.
Beroe. Pues quièn eres tù, y por què
me aconſejas eſte yerro?
Amenofi. Soy de tu amado Dalmiro
un amigo verdadero,
y ſolicito tu fuga,
por ahorrarte el ſentimiento
de mirar en otros brazos
al que elegiſte por dueño.
Amaſis quiere, Beroe,
que con Niteti, Himenèo
ùna ſu mano, tan breve,
que ſolo para el efecto
faltan aquellos inſtantes,
que diſpenſa eſte trofèo,
que ha preparado el Egipto,
para ſu recibimiento.
Beroe. Eternos Dioſes, què rayo *ap.*
vibraſteis contra mi pecho!
Dime, conſiente Sorete
en tan tirano proyecto?
Amenofi. De un Monarca, que es ſu padre,
còmo puede à los preceptos
oponerſe? *Beroe.* Eſtoy ſin alma!
Ay ſeñor! con què tan luego
el Principe ha de caſarſe?
Amenofi. Ya eſtà cerca el cruel momento
(ha deſdichada Paſtora!)
de eſte funeſto Himenèo.
Beroe. Mas cercana eſtà mi muerte: *Llora.*
yo muero, amigos, yo muero.
Torisbo. Miren con lo que ha venido
el ſoprado Cavallero. *A Silena.*
Silena. Sobre que hay gentes que mueren
por darnos un ſentimiento:
vaya, ſeñora, no llores; *A Beroe.*
quizàs es un embuſtero
de los muchos, que en los grandes
Lugares hacen aſsiento.
Amenofi. Con razon lloras, Beroe,
y con razon tu tormento
acompaña el alma mia:
con Dios te queda, huye luego,
ſino quieres que tus ojos
por

por sì beban el veneno. *Vaſe.*

Canta Beroe Recitado.

Què mortal paſmo, Dioſes, què martirio,
què inhumano tormento, què delirio
el alma me traſpaſſa!
Què nuevo incendio es eſte q̃ me abraſa!
uſurparme mi bien! ha! no; cruel hado,
còmo tu influjo airado
pretende enagenar del dulce nido
el eſpoſo querido,
que arrullò tan conſtante
con ſincero placer tortola amante?
Sorete, dònde eſtàs? neblì tirano,
ſuelta mi corazon, huye inhumano,
no me acabes; tu ſaña conſidere,
que ſi falta ſu amor, Beroe muere.
Piedad, Jove, piedad; ceſſen las iras,
pues ya poſtrada à tu furor me miras:
advierte, que no es gloria
eſcribir con rigores la victoria,
contra un alma infeliz, que ya fallece,
y al vislumbre del rayo ſe eſtremece.

Area. Pierdo mi bien, y lloro
agravios, iras, zelos,
ſin que entre mis deſvelos
alivio pueda hallar:
De puro horror la muerte
cobarde ſe retira,
porque en mi pecho mira
inutil ſu crueldad. *Vaſe.*

Torisbo. Valgate el diablo por fieſta,
quanto rumor nos ha hecho;
y pues creo que ſe empieza,
vamos à vèr ſi podemos
atisbarla, y mas que ella
llore dos ſiglos enteros.

Silena. Vamos, que eſſos lagrimones
ſe curaràn con el tiempo,
que es èl Medico, que ſabe
curar los males de adentro. *Vanſe.*

Sitio eſpacioſo cerca de los muros de Canope, adornado para el ingreſſo, y coronacion del nuevo Rey: à la derecha un rico Trono elevado, al pie de èl eſtaràn algunos Miniſtros, que tendràn en ſus azafates de oro las inſignias Reales: ſe verà un arco Triunfal de perſpectiva, con varios corredores, y en ellos los Muſicos, y demàs gente: à lo lejos viſta de la armada Egipcia vencedora: del foro ſaldrà un Carro Triunfal, tirado de cavallos, y precedido de otros con trofeos Militares, y en èl ſentado el nuevo Rey: à ſu lado Sorete ſu hijo: sèquito de Embaxadores de las Provincias ſubditas, con ſus reſpectivos tributos, rodeado de nobles Egipcios, Eſclavos Etiopes, Pages que llevan quitaſoles, y abanicos de plumas coloradas; y acompañamiento de Guardias Reales, que traeràn los deſpojos enemigos: ſalen Amenofi, Beroe, Silena, y Torisbo, que ſe pondràn à un lado; y mientras canta el quatro la Muſica llegarà el carro al Trono, donde ſe apearà el Rey, y queda en pie en èl.

Muſica à 4. Celèbre felice,
aplauda feſtivo
à Amaſis el grande
triunfante el Egipto.

Coro 1. Celèbre ſus glorias,
y para aplaudirlo,
dilate ſus fuentes
la orilla del Nilo.

Muſica à 4. Y pues de ſus males
ſe vè redimido,
con tonos le alabe,
le aplauda con Hymnos.

Amaſis. Ni mis nobles ſudores, ni mis glorias,

ni el cùmulo feliz de las victorias,
que en Marmaria adquirì, logrè en Sirene,
oy, Egipcios, me anima, y me ſoſtiene,
para que al Trono aſcienda;
ſolo el comun amor, y la contienda
de afectos, que oy en todos feliz veo,
alientos pueden darme à tanto empleo:
Y pues dicen los labios, y ſemblantes
quan leales me ſois, y quan amantes,
mientras que, como padre, fiel procuro
hacer un bien eterno, haced ſeguro
el inmortal honor de vueſtra fama,
correſpondiendo à un padre, que aſsi os ama:
Implorad de los Dioſes la aſsiſtencia,
para que en la eminencia,
à que me lleva amante vueſtro zelo,
ſea mi apoyo firme el miſmo Cielo. *Sientaſe.*

Amenoſi Repitan eſte dia
los muſicos acentos la alegria.

Repite la Muſica el quatro, y concluido, ſalen Tebaſte, y Soldados, que conducen à Niteti.

Tebaſte. Señor, ſin duda alguna,
el miſmo Cielo aplaude tu fortuna.
Niteti, unica prole del Tirano,
que reynar en Egipto quiſo vano;
Niteti (ò Rey!) que muerta ſe creìa,
oy de la induſtria mia,
del Nilo en la ribera,
ha ſido hallada, y hecha priſionera;
en ſu vida aſſegura
la Corona de Egipto, y tu ventura.

Amaſis. Niteti en eſte trage? en tal baxeza,
la que Egipto ha adorado por Princeſa?

Niteti. La humildad de mi trage, y de mi eſtado
iluſtre fuera haverme libertado
de los injuſtos lazos, que me pones.

Amaſis. Què priſiones, què lazos, dì, ſupones?
Por què, ò de quièn recelas, no ignorando,
que Amaſis en Egipto eſtà reynando?
Con tu padre en la Corte no me viſte,
deſde el punto dichoſo en que naciſte?
No te deſengañò mi noble trato?
Ignoras, que jamàs te he ſido ingrato?
Pues què razon, Niteti, ò deſvarìo
te ha hecho deſconfiar del pecho mio?
Què villano recelo, ò què ſoſpecha
vibrò contra mi honor tan dura flecha?
Què cauſa dì jamàs à tu malicia,

capàz de acumular tal injusticia?
Niteti. Quando por hija de Aprio me venera
el Egipto, no estrañes que me quiera
huir de tus cadenas, pues entiendo,
que en procurarlo, Amasis, no te ofendo.
Amasis. Tù en cadenas? Sorete, al punto guia
à la Règia mansion, que es Corte mia,
à Niteti. *Sorete.* Obedezco tus preceptos:
tened paciencia, afectos, *ap.*
pues mi Beroe espera sin sossiego.
Beroe. Acabeme mi fuego,
mi incendio me consuma, y mis enojos
en lagrimas se assomen por los ojos.
Amasis. Mi sèquito, Tebaste, con su Alteza
vaya por mas grandeza;
los Egipcios tesoros, mis Estados
à Niteti han de estàr subordinados;
y vosotros, vassallos, con respetos
seguid ya como mios sus decretos.
Niteti. No passes adelante, que es castigo
el favor demasiado, que consigo;
esso es querer vengarte del agravio.
Amasis. Mucho me ofendiò tu incauto labio;
la venganza he empezado sordamente,
à mayores castigos oy prevente.
Niteti. Ya, Amasis, te has vengado,
y de tal suerte el alma has conquistado,
que el Reyno no te embidio, ni compito,
tu agrado solamente solicito,
como à padre te adoro,
como à Rey te obedece mi decoro,
y en mì el Egipto todo en este dia
reconozca quan justamente fia
en tu noble persona
el inmortal laurèl de su Corona.
Vase guiada de Sorete, Tebaste, y acompañamiento.
Amasis. Al Templo de Isis vamos, donde espero,
que, haciendo digno alarde del esmero
de vuestro amor constante, la obediencia
me jureis. *Baxa del Trono.*
Amenofi Nuestro norte es tu presencia:
al Templo, pues, y diga la armonìa,
repitiendo las glorias de este dia::-
Musica à 4. Celebre felice,
aplauda festivo
à Amasis el grande
triunfante el Egipto, &c.
Con el quatro entranse todos, y se dà fin à la Jornada.

JORNADA SEGUNDA.

Mutacion de Salòn, y salen Beroe, Torisbo, y Silena.

Beroe. Dentro del mismo Palacio
me trae mi desvarìo
en busca del dueño mio,
por si hallandole en su espacio,
encuentro alivio à mi pena:
pero què hay que espere, quando
en èl estoy adorando?
de mis brazos le enagena
la dura razon de estado,
un padre, que lo procura,
el amor de otra hermosura,
y la humildad de mi grado?
O cruel memoria! ò fatiga!
ò zelos! ò infiel passion!
quàl hieres mi corazon!
Sale Niteti. Querida Beroe, amiga,
sin mì me tiene un dolor!
Beroe. Què motivo le ocasiona?
hay en el Mundo persona,
que ose ofenderte? *Niteti.* Un traidor,
un aleve me ha ofendido:
oy de Sorete, por ley,
esposa me nombrò el Rey,
y èl lo resiste atrevido.
Beroe. O, què lealtad! *ap.*
Niteti. Dì, pudieras
pensar jamàs tanto arrojo?
de un aleve tal sonrojo?
Mi Beroe, te atrevieras::-
Yo no sè còmo explicar
mi colerico despecho;
un dogal tengo en el pecho,
que no me permite hablar.
Yo de un tirano ofendida?
de un aleve despreciada?
yo de un sobervio ultrajada,
sin que le cueste la vida?
Quando fallezco al rubor
de afrenta tan impensada,
yo ofendida, y no vengada?
Beroe. Me enternece su dolor. *ap.*
Niteti. Sin duda, amiga, sin duda
otro afecto, antes que el mio,
ha ocupado su alvedrio.
Beroe. Traidora soy, sì, soy muda. *ap.*
Niteti. Siquiera saber pudiesse
quièn oy en mi oposicion
me robò su corazon,
y quièn contraria se ofrece.
Beroe. Si perdonas mi delirio,
si tu amistad me disculpa,
sabràs que tengo la culpa
de tu infelice martirio.
Niteti. Còmo culpa?
Beroe. Siendo aquella
(tèn de mì piedad, señora)
à quien el Principe adora
por influjo de su estrella.
Niteti. El Principe te ama à tì?
Beroe. Assi, Niteti, lo creo.
Niteti. Y tù pagas su deseo?
Beroe. Aun le quiero mas que à mì.
Niteti. Y què se ha hecho Dalmiro?
Beroe. En èl, señora, le he hallado:
la suerte trocò su estado.
Niteti. Al escucharlo deliro:
còmo, amiga, eres traidora?
còmo, alevosa villana,
pudiste imaginar vana
oponerte à tu señora?
A un Principe à amar se atreve
una Pastora infelice;
y en mi cara me lo dice
sobervia, altiva, y aleve?
Beroe. Un Pastor vì solamente
quando yo empecè à adorarle;
Principe intento olvidarle,
y el alma no lo consiente.
Sale Amasis. De Sorete la osadìa
de tal modo me interessa
en tu venganza (ò Princesa!)
que sin vèr que es sangre mia,
à no resarcir su error,
te satisfarà su muerte.
Niteti. Suspende enojo tan fuerte,
dilata tu gran rigor,
disculpale mas piadoso,
en vista de que esta ha sido
la hermosura que ha podido
usurparme tal esposo.

Amaſis. Què es lo que dices?
Beroe. Yo muero. *ap.*
Niteti. Que eſte grande hechizo admires,
y que en èl la cauſa mires
de ſu culpa, ſeñor::- pero
què hablo? Mas que caſtigo,
ſu yerro aplauſo merece,
pues tan bella le parece
èſta que queda conmigo. *Vaſe.*
Beroe. Temblando eſtoy de temor. *ap.*
Silena. Buen ajo ſe ha removido.
Torisbo. El miſmo diablo lo ha urdido.
Amaſis. Muger, quièn eres? *Beroe.* Señor,
qual vès, humilde Paſtora.
Amaſis. Tu nombre?
Beroe. Beroe. *Amaſis.* Dònde
naciſte? dime, reſponde.
Beroe. Debì mi primera Aurora
à una ruſtica Cabaña,
ſituada al margen del Nilo,
cuyo remanſo tranquilo
fertiliza eſta campaña.
Amaſis. Còmo el Principe ha llegado
à conocerte? *Beroe.* En mi egido,
ſeñor, con toſco veſtido
ſe introdujo disfrazado.
Amaſis. Sabìas quièn era?
Beroe. Lo ignoro:
ſolamente pienſo; ò creo,
que le condujo el deſeo
de lograr ſin el deſdoro,
que en tu trage ſufrirìa,
la diſperſion inocente,
que entre nueſtra humilde gente
inſpiraba la alegrìa.
Torisbo. Por deſprincipar un poco
el ſeñor nos viſitaba,
porque dice que le daba
guſto ſer un rato loco.
Silena. Si ſeñor, que el que eſtà ahito
de gravedad, y tieſura,
con un poco de ſoltura,
guſta de dar un brinquito.
Amaſis. Deſpejad: Tù vè adelante.
Vanſe los dos, y quedanſe Amaſis, y Beroe.
Beroe. Digo, ſeñor, que le vì;
me viò, Paſtor le creì,
ofreciòſe à ſer mi amante,
eſcuchèle ſin enfado,
prometì pagar ſu afecto,
èl me quiſo, y con efecto
toda mi fè le he jurado.
Amaſis. Què eſcucho, divinos Cielos! *ap.*
Con que ya ſu eſpoſa eres?
Beroe. Mal en eſſo de mì infieres,
dando aumento à tus recelos:
no ſoy ſu eſpoſa. *Amaſis.* Reſpiro.
Beroe. Ofrecì, que lo ſerìa,
gran ſeñor, quando creìa,
que era Sorete, Dalmiro:
oy con règia veſtidura
lleguè à verle temeroſa;
fue mi congoja forzoſa,
lleguè à perder la cordura.
Amaſis. Còmo à la Corte has venido?
Beroe. Con Niteti tus Soldados
me prendieron deslumbrados.
Amaſis. La ſencillèz, que he advertido,
Beroe, perdon merece,
con tal, que tù en adelante
olvides tan arrogante
penſamiento. *Beroe.* Te parece,
que ignoro yo el deber mio?
Bien lo sè; no tu reſpeto,
no la fuerza del decreto
me uſurpò el laurèl, que fio
de mi preciſa lealtad:
sè, que aſpirar al trofèo
de tan Real Himenèo,
fuera en mì grave maldad;
de eſta culpa te aſſeguro:
sè, que debiera olvidar
à Sorete (què peſar!)
sè, ſeñor, que lo procuro:
pero dudo la victoria;
porque en amor, facilmente
un olvido diligente
ſe transforma en mas memoria.
Engaño fuera ofrecerte
coſa, que no he de cumplir;
mi amor ſiempre ha de vivir,
mientras no llega mi muerte.
Si eſto te ofende, ſeñor,
ſi eſto enciende tus enojos,
temple el llanto de mis ojos
el merecido rigor:

bre-

breve la ofenſa ſerà
con que tu colera irrito,
pues ya morir ſolicito,
y me eſtoy muriendo ya.
Aſsi, mi Rey, ſatisfago
el juſto precepto tuyo;
tan juſto enojo concluyo,
y à mi firme amor le pago:
aſsi le doy à tu Imperio
la paz, aſsi à la Princeſa
aſſeguro; mi entereza
ſaca aſsi del cautiverio
de Amor à un Principe, à quien
con tanta razon he amado:
à un padre tan venerado
aſsi le ſirvo tambien:
y finalmente, acriſolo
de mi pecho la entereza;
que el morir ſolo es firmeza,
en que no puede haver dolo.

Amaſis. Què idioma es eſte, Deidades?
Tù eres, Paſtora, muger?
dònde pudiſte aprender
tan opueſtas facultades,
como las que en tì he notado?
Quando miro, que unir ſabes
con los lazos mas ſuaves
el valor mas acendrado,
el brio, luſtre, y prudencia,
que ſon de la Corte empleo,
con el càndido trofèo
de la verdad, è inocencia,
virtudes nobles, que ſolo
viven de aſsiento en los montes?
Quàles ſon tus orizontes?
naciſte acaſo de Apolo?
no te ocultes, dì, quièn eres?
quièn aſsi educarte pudo?
pues al eſcucharte, dudo
las noticias, que me adquieres.

Beroe. Que ſoy Paſtora te digo,
que à Ignaro mi padre debo,
y no à la deidad de Febo,
la enſeñanza que conſigo.

Amaſis. Y un Paſtor pudo ſaber::-

Beroe. No lo fue ſiempre. Primero
viviò como Cavallero
en la Corte: à mi entender,
fue eleccion ſuya, y no ſuerte,
la humildad de la Cabaña.

Amaſis. Hay diſcrecion mas eſtraña!
hay hechizo como el verte!
A no embarazarlo el voto,
que à Aprio mi fè le ha hecho,
que no encontràra ſoſpecho
(ſegun advertido noto)
para el Principe mi hijo
eſpoſa mas de mi agrado;
pero con todo, en tu eſtado
hacerte feliz colijo:
oy, Beroe, à tu alvedrìo
exercita mi poder;
mi Cetro tuyo ha de ſer,
y tuyo el teſoro mio:
pide honores, y grandezas,
procura rentas, y eſtados,
y entre todos mis privados
un eſpoſo tus finezas
elijan, quando deſeo
premiar la virtud que veo.

Beroe. No quiera el Cielo, que quepa
en mi pecho (ò Rey piadoſo!)
la villana alevosìa
de ofrecer la mano mia,
ni aun en ſueños, à otro eſpoſo.

Amaſis. Eſſo es querer, que en Sorete
ſe mantenga la eſperanza,
no hallando en tu ſèr mudanza.

Beroe. Lo contrario te promete
mi lealtad, de ella confia;
y por calmar tus recelos,
fiadores harè à los Cielos,
ſeñor, de la ofenſa mia.

Amaſis. Còmo?

Beroe. De Iſis en el Templo,
entre ſus Virgines puras,
harè eternas, y ſeguras
tus dichas; con eſte exemplo,
y mi perpetua clausùra
(pues no puede ſer caſada
quien à Iſis es dedicada)
ſe curarà la locura
amoroſa, que recelas
en el Principe: mi vida
à tu amor agradecida,
libre de amantes cautelas,

di-

dividida eternamente
de quien adora constante,
pedirà fina, y amante
à Jupiter, que clemente
inspire en su corazon,
tus virtudes, tus grandezas,
para que al vèr sus proezas,
publìque el dulce pregòn
de la fama, aunque no quadre
à la embidia torpe, y fiera,
que es imagen verdadera
de tal Monarca, y tal padre.

Amasis. Ay Beroe, ay hija amada,
de assombro, gozo, y contento
estoy casi sin aliento;
el alma siento hechizada
de tu virtud prodigiosa:
dònde havrà (Cielos!) mas pura
llama? dònde mas segura
lealtad, y mas valerosa
Heroìna? Sorete, llega,
no te detenga el temor:
en el mar de aqueste amor
vanaglorioso navega,
obstentando sin recelo
al mundo, como ventura,
que oy amas una hermosura,
que es un retrato del Cielo
en la virtud, y belleza.
Si hasta aqui de su semblante
fuiste idòlatra constante,
si adoraste su firmeza,
sus consejos tambien ama;
veràs en sus discreciones
los mas heroicos blasones
de la mas divina llama. *Vase.*

Sale Sorete.

Sorete. Quièn, Beroe, de este modo
nuestro amor ha declarado?

Beroe. De Niteti lo ha alcanzado,
ella de mì supo todo.

Sorete. Mas piadoso padre, dì,
viste, Beroe, en tu vida?
Has visto, quàn sin medida
mi discreto frenesì
aplaude? Vès quàl admira
un merito singular?
Vès còmo sabe aprobar
la virtud que en tì respira?
Vès ya còmo sin pensar,
afable aprueba mi fè?
Vès, en fin, que dice, que
yo te prosiga en amar?
Vès quàl me dexa à tu lado,
para que docta me instruyas?
Vès las perfecciones tuyas
còmo al Rey le han hechizado?
O padre amado! ò Sorete
dichoso! ò afecto felice,
à quien nadie contradice,
y à quien el Cielo promete
la mas favorable suerte!

Beroe. Tèn constancia, corazon. *ap.*

Sorete. Còmo en tanta suspension,
dueño mio, llego à verte?
por què no hablas?

Beroe. Admirada,
en mì propia retraìda
la virtud esclarecida,
que à tu labio se assomaba,
me suspendia el mirar
el noble agradecimiento,
el justo gozo, el contento,
el afecto singular
con que à tan buen padre adoras.
Vèn acà, dì, no merece
el amor, que te encarece,
que por instantes, por horas
procures darle señales
de la mas amante llama?
No es digno, dì, quien te ama,
què con afectos iguales
le correspondas muy fino?

Serote. Si mis ruegos oye el Cielo,
concederà à mi desvelo,
mi Beroe, algun camino
de mostrar quanto agradezco,
y correspondo à su amor.

Beroe. El Cielo oyò tu clamor,
y yo el camino te ofrezco.

Sorete. De què modo?

Beroe. Oy en tu mano
està, por divina ley,
la paz del padre, y del Rey,
y que Egipto goce ufano
el sossiego que desea.

Sorete.

Sorete. En mi mano eſtà? què dices?
Yo puedo hacerlos felices?
Beroe. Sì. *Sorete.* Pues dì, no te detengas;
dì, que eſtoy diſpueſto à todo:
para lograr tanto objeto,
quàl impoſsible à mi afecto
propones? Sepa yo el modo.
Beroe. La accion es heroica, y grave,
y tambien dificultoſa.
Sorete. Dila, que no hallaràs coſa,
que no tenga por ſuave
el afecto, que en mì vive.
Beroe. Menos èſta.
Sorete. Dilo, acaba.
Beroe Caſi por no hacerlo eſtaba,
pero à oìrla te apercibe:
la accion, pues, à que te incito
es, que mi amor abandones.
Sorete. Tù, Beroe, me propones
tan execrable delito?
Què es eſto! me engaña acaſo
mi padre? Sus expreſsiones,
dueño mio, ſus razones
fueron falſas? Yo me abraſo.
Beroe. No hay en tu padre malicia,
no hay en ſu pecho inclemencia.
Sorete. Pues quièn (ò dura violencia!)
ſolicìta eſta injuſticia?
quièn tal ſacrificio pide?
Beroe. Tierra, y Cielo juntamente
lo quieren: y aſsi prudente
el curſo al dolor impide;
ama à tu Patria, que es ley:
ſus peligros no renueves,
correſponde como debes
à tu Monarca, y tu Rey:
ſi le eſtimas, no apreſures
ſus dias con los peſares;
y ſi acaſo no le amares,
mira que es juſto procures
ſiquiera tu bien eſtàr;
advirtiendo, que ſi dueño
tuyo ſoy, y el comun ceño
adquieres, debes mirar,
que ſaliendo de mi sèr,
lograrè, por varios modos,
ſer el blanco donde todos
tiren: tù no has de querer
jamàs, que del vulgo necio
(ſi es que me quieres de veras)
ſufra las iras ſeveras
del baldòn, y del deſprecio.
De tu amor aſsi lo creo:
ànimo, pues, dueño mio,
y un ardor, que es deſvarìo,
rindaſe ya por trofeo
à la razon, al honor
de un padre, à la conveniencia
de tu eſtado, à la decencia
de tu ſangre, y en rigor
ſe rinda à mi propia fama,
pues no debes tolerar,
que nadie pueda inſultar
à la que tanto te ama.
No me reſpondes? ſuſpiras?
tiemblas? gimes? enmudeces?
Sorete, mi bien, ofreces
dar guſto al Rey? ni aun me miras?
Sorete. Valor tienes para hablarme,
Beroe, de eſſa manera?
Y querràs, que yo no infiera,
que ya ſupiſte olvidarme?
No miras, que eſſa virtud,
de que haces obſtentacion,
deſcubre en tu corazon
una torpe ingratitud?
No quieres (dime) que arguya,
al vèr tu conformidad,
que apagò tu voluntad,
mi bien, la fineza tuya?
No quieres que, finalmente,
conozca, que es poco amor
eſſe tirano rigor,
que me ſolicita auſente?
Beroe. Poco amor? aſsi tù vieras
mis interiores tormentos;
bien sè que tales acentos,
Sorete, no profirieras.
Sorete. Pero al fin, eſtàs diſpueſta
à no amarme? *Beroe.* Eſſo es error:
yo puedo tener amor,
aunque no me hallo propueſta,
por las naturales leyes,
à dar Règios Succeſſores
al Egipto: los rigores
no me obligan de ſus leyes

à que te olvide, con tal,
que en tu libertad me dexe:
no es preciſo que me alexe
de tu amor (eſtoy mortal!)
Mi corazon no te pido,
ſolamente reſtituyo
oy la libertad al tuyo,
y à adorarte me combido,
ſin premio, y ſin eſperanza
quanto permita el honor,
que en muger de pundonor
es quien rige la balanza.

Sorete. Si no he de amarte, bien mio,
tan digna de amor no ſeas.

Beroe. Yo harè, que ya no me veas.

Sorete. Mataràme eſſe deſvìo.

Salen Tebaſte, y Soldados.

Tebaſte. A tì, Paſtora, me embia
el Rey: es precepto ſuyo,
que obedezca el guſto tuyo.

Beroe. Vamos, pues.

Sorete. Beroe mia,
què es aqueſto, tù me dexas?
à dònde vàs? què procuras?
Ya ſon mis penas ſeguras,
ſeñora, ſi tù te alexas.

Beroe. En breve lo ſabràs todo.

Sorete. Tus paſſos he de ſeguir.

Beroe. Yo te lo ſabrè impedir.

Sorete. No lo haràs de ningun modo,
ſi es verdad que me has querido.

Beroe. Si es verdad que me has amado,
que no vayas à mi lado
en pago ſolo te pido.

Sorete. Tiranìa es pretender,
que no te ſiga, ignorando
el deſtino tuyo, quando
todo lo puedo temer.

Beroe. De mì te fia, ſeguro
de que aunque triſte te dexo,
muy poco de tì me alexo:
y por los Dioſes te juro,
que agena nunca ſerè,
que fuiſte mi amor primero,
y que ſeràs el poſtrero
à quien conſagre mi fè.

Canta. Por tì ſolo, sì, por tì,
adorado dueño mio,
aprendì la ley de amar;
ni la auſencia, ni el deſvìo
eſte afecto ha de apagar.
Arderà la miſma llama,
(ay mi bien!) aun quando muera;
pues la fè, que te venera,
con el alma vivirà. *Vaſe.*

Sorete. Amparadme, Dioſes ſacros,
en ſemejante conflicto,
pues ya veis, que mi razon
ſe ha transformado en delirio.
Què es eſto que me ſucede?
à dònde Beroe ſe ha ido?
còmo ſu intento me oculta?
què cauſa callar la hizo?
Què motivo puede haver
para dexarme? què indicio
de luz oy podrè encontrar
en el ciego laberinto
en que eſtoy? he de morir,
ſin que conozca el cuchillo?
No he de ſaber ſi mi padre,
ò ſu ingratitud, me ha herido?
ay de mì! mortal me ſiento!
ſolo temores reſpiro,
ſolo congojas aliento,
ſolo locuras animo:
ay de mì! digo otra vez.

Sale Niteti.

Niteti. Perdona, Principe invicto,
rea ſoy de tu dolor:
llevada de un improviſo
aſſalto de ira, y de zelos,
de Beroe el precipicio
he cauſado.

Sorete. No es poſsible, *Sin oirla.*
no, que pueda el dueño mio
ofenderme, ni olvidarme;
tengo muy bien conocido
ſu corazon.

Niteti. No me atiendes?

Sorete. Pero còmo en eſte abiſmo
he de quedar? Seguirèla.
Pero còmo, quando miro,
que lo contrario me ordena,
ſus preceptos contradigo?

Sale Amenofi.

Amenofi. El Rey te eſpera, Sorete,

yo vengo à darte el aviso.
Sorete. Pero obedecerla en esto,
es mostrarme poco fino,
y no debe, no, enojarse,
quando con esto la obligo.
Yo voy.
Hace como que và à entrarse, y Amenofi le detiene.
Amenofi. Detente, Sorete:
què frenesì, què delirio
perturba tu entendimiento,
de modo, que tus sentidos
ofuscados, manifiestan
algun interior hechizo?
Sorete. Es verdad, no estoy en mì:
disculpa, Amenofi amigo,
mi locura, y reconoce,
que à no perder el sentido
en el naufragio presente,
me acreditàra de tibio.
Amenofi. Còmo?
Sorete. Mis tristes acentos
desengañen à tu oìdo.
Canta. Romperme el pecho siento
con fiera, y dura espada,
y de la herida airada
la causa (ay Dios!) no sè.
No sè à quien pida amparo,
en vano al Cielo invoco,
y passa poco à poco
la pena à enloquecer. *Vase.*
Niteti. O Principe desdichado!
à què extremo te ha traìdo
mi ciego enojo! Amenofi,
quànto siente el pecho mio
à semejante dolor
haverle dado el motivo!
Amenofi. De tu corazon heroico
esse afecto compasivo
es digno, bella Niteti,
y quien logra conseguirlo,
digno es de embidia tambien.
Si de tus ojos divinos
yo tal piedad mereciera,
aun los insultos impìos
de los hados contarìa
por favores excesivos.
Niteti. De lograr en igual caso
este afecto tan benigno,
librete el Cielo, Amenofi.
Amenofi. El sabe quanto suspiro.
Niteti. El Principe es fino amante,
èl està correspondido,
y teme perder el bien,
que ha hechizado sus sentidos:
qualquier excesso se puede
recelar de su delirio.
No le dexes solo aora,
muestra que fuiste su amigo,
y yo te serè deudora
del cuidado, y el alivio.
Amenofi. Mi verdadera amistad,
con este noble incentivo,
harà en favor de Sorete,
bella Niteti, prodigios.
A buscarle voy, señora;
pero que adviertas te pido,
que de tu heroica piedad
hay quien implora el auxilio:
y concedersela toda
al Principe, es dar motivo
à que llore alguno, que
siempre se vè desvalido. *Vase.*
Niteti. Si quedàra en libertad
algun pensamiento mio,
le empleàra en Amenofi,
cuyos meritos son dignos
de atenderse; pero Amor
no me concede este alivio.
Salen Tebaste, Silena, y Torisbo.
Tebaste. Visteis, señora, à Amenofi?
Niteti. En este momento ha ido
buscando al Principe.
Tebaste. Siendo
de esse modo, ir es preciso
en busca del Rey.
Niteti. Detente:
què ocasion hay, què motivo,
que te sobresalte?
Tebaste. Teme,
señora, muchos peligros.
Niteti. A dònde?
Tebaste. Quiso Beroe
ser conducida al retiro
del sacro Templo de Isis:
obedecìla sumisso,

en-

encontrè al ſalir del Templo
al Principe; ſi imagino
como le hallè, de temor
el pecho late rendido.
Vile correr arreſtado,
y con furioſo delirio
convocar varios ſequaces;
con ſacrilego deſignio
violar ſin duda pretende
el Templo.

Niteti. Dì, y ſu recinto
ha elegido voluntaria
Beroe?

Tebaſte. Aſsi lo imagino:
ſeñora, no me detengas,
pues un momento perdido,
irremediables eſtragos
puede cauſar en Egipto. *Vaſe.*

Niteti. Ay de mì! y què de ruinas
mi zeloſo deſvarìo
puede ocaſionar! Si huviera
callado, què de peligros
ſe causàran à eſte Imperio!
Ha Principe! què delirios!
pero guiada de zelos,
y de amor, era preciſo,
que ciega para el efecto,
erraſſe ſiempre el camino. *Vaſe.*

Toriſbo. Solos aqui nos dexaron
hechos un par de pollinos.

Silen. Pues què han de hacer, quando ſomos
como piojos pegadizos,
y no hacemos mas papel,
que de eſtafermos?

Toriſbo. El pico
de puro callar, Silena,
ſe me ha juntado al gallillo.

Silena. Còmo haviamos de hablar
entre tanto hombre lucido,
ſin que nos dieſſen mil palos?

Toriſbo. Eſperate en eſte ſitio
un poco, mientras que voy
à mirar, ſi acaſo el miſmo
que nos traxo, nos permite
bolver à nueſtro pajizo
alvergue.

Silena. Dices muy bien.

Toriſbo. Yo bolverè de dos brincos. *Vaſe.*

Sale Livio.

Livio. Eſperando à que ſe fueſſe
el pelmazo del marido,
he eſtado mas de dos horas:
acercarme determino
à tantear un poco el vado,
que ſu cara es un hechizo.
Señorita?

Silena. A quièn llamaìs?

Livio. A vos, pues en eſte ſitio
no hay otra.

Silena. Yo no me llamo
eſſa coſa que haveis dicho:
mi propio nombre es Silena,
ſi mi padre no ha mentido.

Livio. Què natural ſencillèz!
eſſo tiene mas de lindo,
en un tiempo que no hay
mas que doblèz, y artificio:
aunque ſea vueſtro nombre
Silena, con añadiros
lo ſeñora, no es agravio.

Silena. Lo contrario he diſcurrido:
quando dàn à una perſona
coſa que no tiene, es fixo
que caminan à engañarla:
què quieres al fin?

Livio. Serviros
ſolamente, como criado
el mas leal, y mas fino.

Silena. Criados yo, quando tomàra
tener algunos realillos
para comprar una ſaya?
Haveis errado el camino,
procurad por otra parte.

Livio. No ſolamente me obligo
à ſervir ſin interès;
pero tambien ſolicito
daros al punto dineros
para haceros un veſtido.

Silena. Dinero, y ſervir de valde?
en aceptar hay peligro,
pues dicen, que ni los palos
ſe dàn ſin que haya motivo.

Livio. Uno tan ſolo me aſsiſte
para con vos.

Silena. Pues decidlo.

Livio. Vueſtro chiſte, vueſtra cara

me han robado los ſentidos.

Silena. Yo no robo, ſoy honrada;
ſois muy falſo, y atrevido. *Vanſe.*

Se deſcubre el Teatro dividido en dos mutaciones; la una, que ſerà à la izquierda, del gran Puerto de Canope, con Marina, llena de Navios, y Marineros; y la otra, en la derecha, ſerà el Templo de Iſis, lo mas viſtoſo que ſe pueda, y ſaldràn de èl Sorete con Beroe de la mano, ſeguida de muchos Soldados coronados, el Sacerdote, y otros Miniſtros del Templo, y Amenofi, procurando detenerle.

Sorete. Muera qualquiera, que oſado
ſe opuſiere à mis intentos.

Sacerd. Principe, y ſeñor, advierte
el horrible ſacrilegio,
que contra la Deidad de Iſis
cometiſte poco cuerdo,
violando la reſpetable
inmunidad de ſu Templo.

Sorete. Quitate de ahì delante,
caduco Miniſtro necio,
ſino quieres de mis iras
ſer oy miſero trofèo.

Beroe. A dònde (ay de mì!) me llevas?
què es eſto, ſeñor? què ciego
delirio, què frenesì
perturba tu entendimiento?

Amenofi. Principe, què has inventado?
què has hecho, ſeñor, què has hecho?

Beroe. Buelve en tì, mi bien, y mira
el atentado funeſto,
que has cometido en ſacarme
de lo ſagrado del Templo.

Amenofi. Mira à tu padre, ſeñor,
teme ſus juſtos decretos.

Beroe. Mira tu propio decoro,
mira de tu vida el rieſgo,
y mira, en fin, por mi honor
à tanto peligro expueſto.

Sorete. El no perderte, Beroe,
ſolamente mirar puedo,
y no hay en mì mas razon,
què mi amoroſo deſpecho:
vèn conmigo.

Amenofi. Señor, mira:::-

Sorete. Buelveme, ſeñor, al Templo:
no vès como ya condena
ſemejante inſulto el Cielo?

Obſcureceſe el Teatro, ſuenan truenos, y terremoto.

Amenofi. No vès, que las denſas nubes,
ſus claros orbes cubriendo,
improviſa noche aſſalta
à los mas bellos luceros?

Beroe. No vès ya de las centellas
el explendor macilento,
amenazar al Egipto
con voraces mongibelos?

Amenofi. De los truenos, dì, no eſcuchas
el eſtrèpito ſobervio,
à cuyo horror aun los montes
temblando dexan ſu centro,
repreſentando à la idèa
en horroroſo boſquejo
el ultimo paraſiſmo
de eſte mortal emisferio?

Beroe. No abrevies con eſta culpa,
ſeñor, tan triſte momento.

Sorete. No aſsi te turbes, Beroe,
y no un vapor paſſagero,
que enluta el aire, te aſſuſte,
quando ya en el mar tenemos
libre paſſo à nueſtra fuga.

Beroe. En el mar no vès opueſtos
los Dioſes à tu oſadìa,
amotinando los vientos?

Amenofi. No vès ya como Neptuno,
ſublevado contra el Cielo,
en ombros de ſus eſpumas,
ſe remonta al firmamento?
No quieras, no, con tu culpa
dar lugar à tanto exceſſo.

Beroe. De las iras de los Dioſes
no quieras ſer triſte exemplo;
buelveme al Templo piadoſo,
gran ſeñor, buelveme al Templo.

Sorete. Havrà (ò eſtrellas impìas!)
para mi infelice pecho
mas peſares, y mas penas!
No han podido mis tormentos
ſaciar aun vueſtros rigores!
Què es eſto, Dioſes, què es eſto?

Beroe. Eſto es llegar (ay de mì!)

de

de su enojo el golpe extremo:
huye, señor, no te pares:
ay infelice! huye luego.

Sorete. Por què?

Beroe. Porque armadas huestes
nos vàn cercando; ya veo,
que aun la fuga es impossible:
amparo, Dioses supremos!

Sorete. En tan duro trance, amigos,
à las armas apelèmos,
y pierdase todo.

Beroe. Què haces?
señor, tente, y mira cuerdo,
que por borrar un delito
intentas otro de nuevo.

Amenofi. Rinde el acero à tu padre.

Beroe. Este, mi bien, es el medio
de que le encuentres piadoso,
y le evites justiciero.

Sorete. Persuadirme en vano intentas,
quando atrevido, y resuelto,
por no perder tu hermosura,
y por defender tu pecho,
à todo Egipto, y al mundo
hacer resistencia pienso:
al arma. *Caxas, y clarines.*

Amenofi. Pues impedir
no he podido tus intentos,
en brazos de tu delirio
abandonado te dexo,
que en mediando las deidades,
no puede valer el fuero
de la amistad. *Vase.*

Sorete. Poco importa,
quando yo conmigo quedo:
al arma, pues.

Beroe. Ay Dios! tente,
pues al contemplar tu riesgo,
y al resistir tu peligro,
me falta vida, y aliento.

Desmayase Beroe, y la pone sobre un peñasco, que estarà al lado derecho, y salen muchas Guardias Reales, à las quales acomete furioso Sorete, y se desvia, siguiendo à algunos à la izquierda: oyese ruido de tempestad con truenos, y relampagos, y en el Mar chocando unas con otras las Naves se iràn algunas à pique: se darà una batalla entre los sequaces de Sorete, y las Guardias Reales al sòn de caxas, y clarines, venciendo las Guardias à Sorete: al acabarse la tempestad cessa la batalla, y se descubre el Arco Iris; buelve Beroe de su desmayo, sale Sorete defendiendose de los Soldados, y Amasis, seguido de mucha Tropa, por la otra parte.

Sorete. Aqui de vuestro valor,
animosos compañeros;
matadlos, sin que os assuste
vèr, que à su favor se han puesto
para causarnos temor,
aire, agua, tierra, y fuego.

Unos. Arma, arma, guerra, guerra.

Otros. Que me anego, que me anego.

Otros Piedad, sagrado Neptuno,
piedad, soberanos Cielos.

Canta Beroe Recitado.

Detente (ay Dios!) bien mio;
à dònde ha de llegar tu desvarìo?
à dònde los rigores de tu ceño?
no seas, no, tirano con tu dueño.
El amago suspende de tu espada,
hacerme no procures desdichada:
impide los pesares, que contemplo,
buelvame tu piedad al sacro Templo.

Area. Pero què es esto! sola he quedado,
mi dueño amado ha muerto ya:
al fiero estrago de tanta guerra
gime la tierra, y se assusta el mar:
O, què tormento!
ò, què martirio!
ò, què delirio!
Dioses, piedad.

Sale Sorete con Soldados, que se retiran.

Sorete. Barbaros, osados, necios,
en vano esperais rendirme.

Beroe. Ya basta (ò Principe excelso!)
no en oponerte porfies
à los divinos decretos.

Sale Amasis, y Soldados.

Amasis. Ola, depòn, temerario
hijo, esse alevoso acero:
date à prision. *Beroe.* No resistas,
ò señor, este precepto.
Cede (ò Principe!) à la suerte,
ce-

cede à mi amor.
Sorete. Obedezco,
pues èl solamente puede
conseguir este trofèo.
O padre! ò esposa! tened
piedad de mis devanèos.
Amasis. Dime, ingrato, este es el fruto
de mi paternal afecto?
Eres tù el Heroe, que Egipto
esperaba con anhelo?
Còmo supiste juntar
en el delito primero
el horror de todos? còmo
à los mas famosos reos
el vil laurèl usurpaste?
Còmo en tan solo un exceso
supiste pisar las leyes
principales, el respeto
de los Dioses, el honor
del trono, de Isis el ceño,
y de un padre la obediencia?
Còmo, ingrato, osado, y necio::-
Beroe. Señor, basta, no mas iras:
todo tu rigor severo
el Principe no merece,
yo sola la culpa tengo:
de todos los yerros suyos,
de sus procederes ciegos,
solo mi infeliz belleza
ha sido causa; pues creo,
que de ella saliò el hechizo,
que anublò su entendimiento.
Amasis. Por un hijo aleve, en vano
son, Beroe, tus esfuerzos.
Beroe. No es aleve, gran señor,
yo su corazon comprehendo
muy bien, como en fin la que
le ha tratado tanto tiempo.
Sè que te adora, y te quiere;
y solo ha sido el exceso
de su pasion moribunda
un triste, y ultimo esfuerzo.
Amasis. Me quiere, dices, Beroe,
quando me lleva al estrecho
de ser Rey injusto, ò padre
tirano? Acaso su empeño
puede ignorar, que un deslìz
suyo, que un delito fiero
pudo costarme la vida?
No debiò su devanèo
refrenar el dolor solo
de un padre? Es este el respeto?
es este el amor de un hijo?
Ha! no; pues es el desprecio
mas indigno, y es el odio
mas vil.
Sorete. No, padre, no es cierto:
pide las pruebas mayores
de mi lealtad, y mi afecto:
prueba mi amor en batallas,
en horrores, iras, riesgos,
crueldades, monstruos, martirios,
destrozos, llamas, tormentos,
veràs que siempre inmutable,
y amante te reverencio:
pero no quieras (ay Dios!)
que à Beroe, que es mi dueño,
que à Beroe, que es mi vida,
abandone; pues contemplo,
que aunque quiera executarlo,
todo un imposible emprendo;
porque ella es el todo, que
en este mundo posseo.
Amasis. Ola, Soldados, llevad
al Principe prisionero.
Acercase la Guardia al Principe Sorete.
Beroe. Piedad, señor.
Amasis. No hay piedad
para tanto sacrilegio.
Sorete. Ya que tanto me castigas,
dadme la mano à lo menos
en señal de que eres padre,
y esta gracia sea el premio
de la lealtad, y ternura
con que te idolatra el pecho.
Amasis. Es vano intento: llevadle.
Beroe. Es posible que no puedo
con mi llanto enternecerte?
Amasis. A lo grande del exceso
culpa, y no à la piedad mia.
Sorete. Padre, yo::-
Amasis. Calla, perverso.
Ola, Guardias, à Beroe
llevad de aqui: esse veneno,
que los sentidos le usurpa,
le apartad.

Beroe. De pena muero,
mas al pensar su peligro,
que no al contemplar mi riesgo::
advierte, ò Rey::-
Amasis. No prosigas::
llevadla.
Sorete. Señor supremo,
padre, piedad.
Amasis. Ea, aparta.
Soldad. Venid, señora.
Beroe. Obedezco.
Principe amado, señor,
que mires por tì te ruego,
que à Niteti dès la mano;
pues aunque muera al despecho
de verte ageno, el pensar
que asseguras con hacerlo
tu vida, harà que la mia,
aun, à pesar de mis zelos,
se eternice para amarte.
Sorete. Inmortal soy, pues oyendo
semejantes expressiones,
de puro amor no fallezco!
Beroe amada? *Beroe.* Bien mio?
Sorete. Dulce esposa?
Beroe. Amado dueño?
Amasis. En què os deteneis, Soldados?
Soldad. Yà, señor, obedecemos.
Llevanla.
Beroe. Voy sin alma. *Amasis.* Ea, llevadla.
Sorete. En fin, no tiene remedio?
yo he de perder à mi esposa?
yo::- quando::- Dioses, què es esto?
trance fuerte!
Se sorprende Sorete como en accion de assaltarle algun frenesì, y en tanto, empieza muy piano el retornelo del recitado, que và creciendo, quando empieza à cantar.
Recit. Què delirio, Deidades, què tormento
me assalta el corazon? morir me siento!
Pierdo el sentido! el cuerpo se estremece!
Què rayo me amenaza, y enfurece?
mi esposa à dònde està? corro; suspiro:
què? la ocultan? muriò? còmo? deliro!
mi padre? padre cruel! estos tiranos
fueron sus homicidas? hà inhumanos!
Huid todos del golpe de mi furia:
no sabrà tolerar tan grave injuria.
Jupiter vengador, vibra tremendo
un rayo, que resuene con estruendo
del mundo lo profundo,
y si mi amor faltò, fenezca el mundo.
Aria. De mi bien veo la sombra,
que me dice en triste acento:
porque acabe mi tormento,
venga esposo una impiedad.
Hà barbaros! hà inhumanos!
padre? esposa? Astros tiranos,
ò bolvedme al dueño mio,
ò acabadme de matar. *Vase.*
Amasis. Hijo, aguarda: olà, seguidle,
no desesperado, y ciego
se arroje à algun precipicio;
y para implorar del Cielo,
que suspenda los estragos,
que la inmunidad del Templo
ultrajada traer puede
à todo mi noble Imperio,
al compàs de las sordinas,
y de roncos instrumentos,
digan las voces de todos,
mezclando en llanto los ecos::-
Todos, y Musiç. Piedad, Dioses, piedad,
no pague inocente un Reyno
el particular delito
de un injusto sacrilegio.

JORNADA TERCERA.

Salòn corto, vista de corredores, que conducen à los Jardines Reales, y salen Amasis, Niteti, y acompañamiento.
Niteti. Señor, podrà vèr Egipto
en este dia, que puedan
tan poco en el corazon
de un padre, à quien reverencia
los derechos de la sangre,
y de la naturaleza,
un hijo::-
Amasis. No mas: un hijo,
que los derechos que alega,
antes que yo, hà olvidado,
no merece que se atiendan:
reo es de muerte, Niteti,
y

y aſsi es forzoſo que muera.
Niteti. Es reo; pero no ſiempre
tienen (ò gran Rey!) la meſma
enormidad los delitos,
que oy à morir le condenan:
es reo, pero bien ſabes,
ſeñor, que no armò ſu dieſtra
contra tu ſacra perſona:
ambicion rebelde, y ciega
de dominar en tu Imperio,
bien ſabes que no le lleva:
el odio tuyo, el deſprecio
de los Dioſes, ò tu ofenſa;
ſu delito ha ſido ſolo
una juvenil violencia,
una ceguedad de amor,
una paſsion indiſcreta:
quièn puede, ſeñor, quièn puede
blaſonar de reſiſtencia
contra amor, y juventud,
que à leyes no ſe ſujetan?
A Beroe adora, y temiendo
eternamente perderla,
ciego al dolor, ha intentado
la mal paſſada ſorpreſſa:
tù quizàs aun no conoces
la virtud, y la belleza
que ha cauſado ſu delirio;
que ſi tù la conocieras,
ya le buſcàras diſculpas
à ſu amoroſa imprudencia,
y tendrias por halagos
quizàs tus miſmas ofenſas.
Amaſis. A Beroe conozco, y ſiento
las naturales ternezas,
aun mas de lo que tù crees;
pero al Egipto, à la tierra,
debo dar de mi juſticia,
y no de mi amor las pruebas.
Dechado de todos es,
Niteti, aquel que govierna,
y no puede admitir notas
quien dar exemplo deſea.
Mi juſticia aguardan todos,
y sè, que yo debo hacerla,
aunque me cueſte verter
la ſangre, que es de mis venas.
Niteti. Todos, ſeñor, ſolicitan
en vez de rigor, clemencia;
mueſtrate al Pueblo, y veràs,
que unido todo ſe esfuerza
à implorar para tu hijo
las piedades que le niegas;
y ſi al ruego univerſal
remiſſo no las diſpenſas,
lògrelas al ruego mio,
pues ſi atiendes las ofertas,
que he debido à tu favor,
luego que vì tu preſencia,
me veràs autorizada,
para que de tu grandeza
lograr eſpere la gracia,
que tu rigor eſcasèa.
Amaſis. Ola, de Aprio la hija
dà la ley, aun quando ruega?
Ha, Tebaſte, al recinto, *Sale Tebaſte.*
en que el Principe ſe encierra,
el paſſo apreſura.
Niteti. Albricias.
Amaſis. Dile, que Niteti bella
(aunque ofendida) ſu vida
pretende, y que mi clemencia
ſe la concede, con tal,
que à ſus plantas luego venga,
y agradecido la dè
el corazon, y la dieſtra.
Niteti. Ay de mì!
Tebaſte. Voy à ſervirte.
Niteti. Aguarda, Tebaſte, eſpera.
Eſte, Amaſis, es caſtigo
aun mas que perdon; obſerva,
que de eſta accion mia, nunca
he pedido recompenſa.
Amaſis. No importa, quando ella miſma
la pide.
Niteti. Porque no muera, *ap.*
mi paſsion todo lo intente.
Advierte, que es vana idèa,
y que es inutil esfuerzo
intentar igual violencia
contra un hijo deſdichado,
y que aunque èl propio cediera
à eſte rigor, te hallarìas
peſaroſo de la fuerza;
y ſi acaſo en mì conſiſte
eſſa ley (Amor, paciencia)

yo

yo la diſpenſo, ſeñor,
ſu mano cedo contenta,
yo la rehuſo.
Amaſis. No importa,
llegue luego à tu preſencia,
y al merecido deſprecio
èl propio dè la materia.
Niteti. Satisfaccion eſcuſada.
Amaſis. En vano, Niteti excelſa,
pretendes diſsimular
tu induſtriosa fineza:
librar al Principe quieres,
ſu obſtinada reſiſtencia
reconoces, y por eſſo
evitarle el rieſgo intentas
de tan peligroſo enſayo:
y aunque yo mire, yo vea
tu bizarrìa, no debo
ſeguirla: Tebaſte, lleva
el precepto que eſcuchaſte
al Principe, y la reſpueſta
à darme buelve al momento.
Tebaſte. Con que finalmente::-
Amaſis. Ceda,
ò muera; aqueſto he reſuelto.
Vaſe Tebaſte.
Niteti. Pues, ſeñor, con Dios te queda.
Amaſis. A dònde vàs?
Niteti. Donde nadie
mi llanto, y deſaire vea:
hagamos para librarle, *ap.*
Amor, las ultimas pruebas. *Vaſe.*
Amaſis. De los delitos atroces
del Principe, es la primera
cauſa el mucho afecto mio;
yo con muy poca cautela
le manifeſtè mi amor,
èl conoce, que mi pena
nacerà de ſu caſtigo,
por eſſo no le recela;
pero ſi obſtinado ſigue
provocando mi paciencia,
un Juez, y un Rey hallarà,
donde ſolo un padre eſpera.
Sale Amenofi.
Amenofi. De Iſis el gran Sacerdote
oy ſolicita tu audiencia.
Amaſis. Sin duda, del profanado
Templo, venganza ſangrienta
pretende.
Amenofi. No sè, ſeñor;
un pliego cerrado lleva,
y le acompaña un anciano,
que en el trage repreſenta
ſer Paſtor, aunque ſu idioma
diverſa crianza mueſtra.
Amaſis. Con eſcucharle ſaldrè
de la duda de quien ſea:
aqui, Amenofi, à Tebaſte
aguarda, y con diligencia
luego que llegue me aviſa.
Amenofi. Ya Tebaſte aqui ſe acerca:
mi deſventura adivino
(ò Dioſes!) en ſu triſteza.
Sale Tebaſte.
Tebaſte. Señor, el Principe::-
Amaſis. Dì:
à peſar de mi clemencia,
ſe endurece en ſu delito,
y arrogante me deſprecia?
Tebaſte. Es amante: de ſu error
eſta la diſculpa ſea.
Amaſis. Con que ya en el pecho ſuyo
no tiene lugar mi quexa,
mi piedad, y mi razon,
ni el recelo de ſu pena?
Tebaſte. Todo lo ocupa el amor.
Amaſis. Aunque todo lo poſſea,
por poco tiempo ſerà:
ſu ſangre aleve ſe vierta,
aunque mia.
Al paño Beroe.
Beroe. Què he eſcuchado?
Amenofi. Primero, gran ſeñor, pienſa::-
Tebaſte. Repara::-
Amaſis. No mas: ninguno
à hablarme por èl ſe atreva,
pues reo de ſu delito,
y compañero en ſu pena
ſerà qualquiera, que oſado
le diſculpe, ò le defienda.
Sale Beroe.
Beroe. A Beroe oye, ſeñor,
y deſpues Beroe muera. *Arrodillaſe.*
Amaſis. Alza del ſuelo: què pides?
Beroe. Lo miſmo que tù deſeas;

pues el honor folicito
del Principe y fu grandeza,
tu entera felicidad;
y fi yo, fin culpa rea,
pude robartelo todo,
todo es razon te lo buelva.
Sufpende, feñor, las iras,
hafta tanto que hablar pueda
al Principe, y te prometo,
que arrepentido le veas,
que à Niteti dè la mano,
y humilde fu efpofa fea.

Amafis. Còmo quieres, que yo aguarde
de un hijo reo la enmienda,
de la mifma caufa, que
pervirtiò fu inobediencia?

Beroe. El hierro, que fue capàz
de abrir la llaga fangrienta,
tambien es apto tal vez
para curar fu dolencia:
fia de mì, gran feñor,
yo cumplirè mi promeffa.

Amenofi. Del juramento que hicifte
à Aprio, feñor, te acuerda,
y que tu hijo no es tuyo,
fino de Niteti bella.

Amafis. El ofado lo rehufa.

Beroe. El la admitirà, fi dexas
que à verle vaya.

Amafis. Beroe,
vèle, pues, enhorabuena,
no te lo eftorvo, con tal,
que en pocos momentos buelvas
à participarme quanto
mi ingrato hijo refuelva.

Beroe. Los que le guardan, feñor,
me impediràn que le vea.

Amafis. En efte anillo Real
llevaràs la contra feña *Dale un anillo.*
de fer difpoficion mia.
Vè, pues, en la inteligencia,
que te esforzaràs en vano,
aunque piadofa procedas;
pues llega fu obftinacion
donde tu poder no llega,
y por effo de mi enojo
harà el Principe experiencia. *Vafe.*

Beroe. Aora, Deidades, aora
imploro vueftra afsiftencia,
para que Egipto, y el mundo,
teftigos de efta contienda,
vean, que no hay en Amor
mas relevante fineza,
que dexar fu mifmo amante
à que de otro dueño fea,
quando con effo refcata
fu honor, fu vida, y grandeza. *Vafe.*

Amenofi. Dònde vàs, Tebafte?

Tebafte. A hablar
al Rey.

Amenofi. Sufpenderlo es fuerza,
pues de Ifis al Sacerdote
eftà aora dando audiencia.

Tebafte. Al Sacerdote, quando èfte
nunca el facro alvergue dexa?
grave caufa! tù la alcanzas?

Amenofi. Un pliego en la mano lleva,
un anciano le acompaña,
otra cofa no hay que fepa.

Tebafte. Quizàs irritar pretende
contra el Principe la quexa.

Amenofi. Y tù, Tebafte, que fiempre
afsiftes en la prefencia
del Rey, de fu corazon
los movimientos obferva:
y fi acafo de fus labios
el furor, que le atropella,
arrebata algun decreto
rigurofo, con prefteza
me avifaràs, procurando
que algun tiempo fe fufpenda,
pues el Principe merece,
amigo, la piedad nueftra.

Tebafte. En el portico vecino
del Rey eftarè en efpera;
cuenta te darè de todo,
fia de mi diligencia:
à diffuadir fu rigor *ap.*
jufta piedad me aconfeja,
pues al Rey defiende, quien
un Principe le conferva. *Vafe.*

Amenofi. Protexed, facras deidades,
al Monarca, que os venera;
protexed fu vafto Imperio,
è influid jufta obediencia
en el Principe, porque

fea

sea de Niteti bella
esposo ; pero què digo?
Yo me atreverè à prenderla,
quando adoro su hermosura?
Yo pedir que sea agena?
Còmo? pero sì, que es justo,
que mi propia passion venza,
quando resulta en bien suyo
un laurèl, que tanto cuesta. *Vase.*

Carcel obscura, cerrada por varias partes de antiguos canceles, que dexan vèr à lo lexos las arruinadas escaleras, por donde se baxa à ella, y salen Beroe, y Sorete.

Sorete. Què es lo que dices, Beroe?
Tù de Niteti pretendes
que sea esposo?
Beroe. Bien mio,
con esse fin solamente
ansiosa vengo à buscarte
à este misero alvergue.
Esposo suyo has de ser
en este dia presente:
à tu padre lo he ofrecido,
y aun con esso de tu muerte
pude apenas suspender
el decreto injusto siempre.
Ya no hay mas tiempo, señor,
de discurrir ; ya no tienes
otra ancora que te salve,
ni otro astro que te remedie.
Niteti solo es el puerto,
que las deidades te ofrecen;
dale la mano, mi bien,
sè esposo suyo mil veces:
yo lo pido, yo lo mando,
en fè de aquellas corteses
finezas, con que rendido
procuras obedecerme.
Sorete. Y serà, dì, recompensa
del amor, que en mì refieres,
darme à entender, que sin susto
en agenos brazos puedes
mirarme?
Beroe. O, señor! Sin duda
ignoras la flecha ardiente,
que traspassa el pecho mio
en este momento aleve.
Sorete. Tus palabras contradicen
un dolor, que es aparente.
Beroe. Principe, si mi mudanza
aqui creer te conviene,
creela, y para vengarte
à Niteti luego ofrece
la mano ; salva tu vida,
que con tal que la reserves,
aun te perdono un agravio,
que solo oìdo estremece.
Sorete. No es facil, ingrata, no,
el imitar tus crueles
designios ; no soy tan fiero,
tan falso, ni tan rebelde.
Beroe. Serìa piedad, serìa
fineza, que yo te viesse
espirar en mi presencia,
à trueque de no perderte?
No, Principe amado, no:
mira, que el tiempo es muy breve,
no quieras sin fruto alguno
hacer mi dolor mas fuerte.
Sorete. En vano me persuades
à que el corazon entregue
à otro dueño, quando solo
tù la possession adquieres.
Beroe. Què hay que mires, quando yo,
que soy la que le possee,
te lo mando? no te acuerdas
quàntas repetidas veces
dueño de tu voluntad
me juraste? còmo puedes,
siendo noble, faltar nunca
à palabras tan solemnes?
còmo puedes, siendo amante,
ofender à la que quieres?
Sorete. Fuerte martirio!
Beroe. Yo tiemblo,
y entre mortales baybenes,
al considerar tu riesgo,
mi corazon desfallece:
tèn (ò Principe!) piedad
de un triste, y si no mueve
mi llanto tu compassion,
dile à tu amor, que te acuerde
aquellas dulces miradas
de aquellos tiempos alegres,
en que amantes nuestras almas

 apren-

aprendieron à quererſe:
compadecete, mi bien,
no quieras ſer tan rebelde.
Sorete. Ay de mì!
Beroe. Señor, ya veo,
que empiezas à enternecerte,
y que quieres conſolarme
tan fino, como otras veces.
Dexa, ſeñor, que à tu padre
tan feliz noticia lleve,
con las alas que me dà
el guſto, de que fenece
tu rieſgo.
Sorete. Tente, Beroe.
Beroe. Por què?
Sorete. Porque aqui pretendes
un impoſsible, y no puedo,
aunque me amaguen mil muertes,
aunque el Cielo me amenace,
aunque los Mares me aneguen,
aunque la Tierra me aſſuſte
con temeroſos baybenes,
ſer yo de Niteti eſpoſo;
pues primero que perderte,
conſentirè la ruìna
de mi vida, de mi ſuerte,
y de quanto el Orbe encierra
en ſus partes diferentes;
y finalmente, tambien
la de los Orbes Celeſtes.
Beroe. Segun eſſo, ſolicitas
que yo ſea de tu muerte
teſtigo? No: eſte tormento,
para quien tanto te quiere,
es demaſiado tirano,
y mi ſufrimiento vence.
Sino lo crees, ſeñor, *Saca un puñal.*
la experiencia te lo enſeñe,
muriendo yo al acerado
filo de eſte aſpid aleve:
mira ſi puedes ſufrir
el martirio que me ofreces.
Sorete. Detente, Beroe, aguarda:
tal temeridad emprendes?
Beroe. Si un paſſo dàs adelante,
haràs la herida mas breve.
Sorete. Ay Beroe! ay dueño mio!
el fiero impulſo ſuſpende!
Piedad, ſeñora, piedad.
Beroe. La que pude merecerte
ſolo lograràs, ingrato.
Sorete. Detente, por Dios, detente,
preſcribe, manda, y ordena,
me tendràs como quiſieres:
què ſolicìtas de mì?
dì. *Beroe* Que à tu padre obediente,
ſeas de Niteti eſpoſo,
y que mi vida conſerves
en la tuya: de eſte modo
eſto ſolo he de deberte.
Sorete. Eſtà bien: dexa el puñal,
luego à ſu lugar le buelve;
à executar eſtoy pronto
todo quanto tù impuſieres.
Beroe. Juralo, pues.
Sorete. Ay de mì!
Què nuevo dolor es eſte?
amado dueño, Beroe,
tal coſa de mì no intentes.
Beroe. Quando de tì me aſſeguro,
tus ingratos procederes
ſon ſolo los que averiguo,
por eſſo me doy la muerte.
Và à darſe, y la detiene Sorete.
Sorete. Detente, digo otra vez,
pues aunque el vivir me cueſte,
ſi arrojas eſſe puñal,
jurarè de obedecerte:
al Cielo, Beroe, y à tì,
que mi ſola deidad eres,
oy prometo executar
tus preceptos, aunque crueles.
Beroe. O riguroſa victoria!
Arroja el puñal.
triunfè, mas me dì la muerte.
Hace que ſe và, y la detiene Sorete.
Sorete. A dònde tan preſto?
Beroe. Al Rey.
Sorete. Antes, mi bien, que te auſentes,
oyeme à lo menos. *Beroe.* No,
Principe, pues sè que tiene
ſus limites la virtud,
no es juſto que el fruto arrieſgue.
Cantan à duo.
Beroe. A coſta de perderte,
mi bien, te dì la vida,

y

y he sido mi homicida
por darte libertad.

Sorete. Te engañas (ò tirana!)
la muerte tù me has dado,
infiel me has engañado
con sombra de piedad.

Beroe. Si grato pretendes::-

Sorete. Si amante procuras::-

Beroe. Tu vida, y la mia::-

Los 2. Huye la tiranìa,
dexa, no me atormentes mas.

Vase Beroe.

Sorete. Oye, aguarda, tente, espera,
ya no me escucha, ni atiende:
hay infeliz! què he jurado?
Còmo, por mas que lo intente,
podrè abandonar un bien,
sin el qual un solo breve
instante vivir no puedo?
Tu mucha piedad excede,
Beroe, la misma fiereza;
pues por evitar mi muerte,
en vez de evadirme de una,
me la dàs de muchas veces:
pero què puerta obligada
de violento impulso ofrece
à la prision nueva entrada?

Sale Niteti con Soldados.

Divinos Cielos, valedme!
Niteti aqui con Soldados?
Sin duda à vengarse viene,
construyendo mi sepulcro
en este funesto alvergue.

Niteti. Quien fue causa de tu riesgo,
oy librarte de èl previene:
para evitar tu peligro
no he hallado senda, Sorete,
pues insensible tu padre
ya mis sùplicas no atiende:
el interès ha podido
esta puerta solamente
abrirme: yo haciendo alarde
de atrevida, y finalmente,
dexando à un lado resuelta
reparos, è inconvenientes,
vengo à salvarte.

Sorete. Señora,
muy tarde el reparo viene.

Niteti. Tarde vendrà, si remisso
algun tiempo te detienes.
Un Soldado de las Guardias
que nos oiga, frustrar puede
tu libertad: huye luego.

Sorete. Ya no es tiempo (ò dura suerte!)
ya no es tiempo, quando muero,
que guardar mi vida piense.

Niteti. Aun la vida de mi mano
desprecias, fiero, y rebelde?
No temas, ingrato, no,
no temas que yo te alegue
meritos de este favor:
bien puedes, traidor, bien puedes
admitirle, sin temor
de que quiera que me premies.

Sorete. Despues de un desprecio, Cielos,
què nueva virtud me hiere
en lo mas vivo del alma,
para que llore, y lamente
el ser à tanta fineza
ingrato precisamente!
Niteti hermosa (ay de mì!)
aunque quiera obedecerte,
ya no puedo, porque::-

Niteti. Entiendo,
que à Beroe perder temes,
si te ausentas, y la dexas:
esse recelo, Sorete,
no te assuste: vete luego;
yo guardarè diligente
su vida, para que sea
tuya: mira si mas quieres.

Sorete. No, Niteti; solo pido,
que luego me dès la muerte,
que el vivir ingrato à un noble
es dolor mas inclemente.

Sale Tebaste.

Tebaste. El Rey tu padre te aguarda,
Principe.

Niteti. Desdicha fuerte! *ap.*
Ya todo se ha malogrado.

Sorete. Beroe (Cielos, valedme!)
ha hablado ya con el Rey?

Tebaste. No; pero verla pretende
Amasis, yo la he encontrado,
y la previne, que fuesse.

Sorete. De mì, que querrà mi padre?

Tebaste.

Tebaste. No puedo satisfacerte:
con el Sacerdote de Isis
hablaba, y sin detenerte
me mandò, que te llevasse
à su presencia.
Sorete. Mi muerte
es cierta! *Tebaste.* Vamos, señor;
y pues aguarda impaciente,
no irritèmos sus enojos.
Niteti. No pretendas exponerte,
Principe, à tanto peligro:
Tebaste, ambos diligentes
pongamosle en libertad:
aquesse camino tiene
preparado mi cautela;
conseguirlo luego puede,
sino te opones. *Sorete.* Señora,
ni te agites, ni te inquietes
tanto por un infelice:
forzoso es que me presente
al Rey.
Niteti. Còmo sus rigores
ni los recelas, ni temes?
Sorete. Porque estoy en tal estado,
que ya nada darme puede
cuidado: ya para mì,
son, señora, indiferentes
la vida, la muerte, el Cetro,
y quanto el Orbe contiene;
pues ya mayores congojas
nò puede darme la suerte.
Canta. Mi suerte, y mi fortuna
no temen ya mudanza,
ni aun puede la esperanza
mis penas consolar.
La vida es ya mi muerte,
la muerte es ya mi vida,
ninguno me lo impida,
dexadmela lograr.
Vase Sorete con Tebaste.
Niteti. Para todos la fortuna
siempre variable se ofrece,
solamente en daño mio
inmutable se mantiene,
sin que placeres, y ceños
alternando tal vez mezcle.
Ni lograr, ni salvar puedo
el dueño, que me aborrece,
aunque mas el amor mio,
ò lo procure, ò lo intente.
Vamos, pues, pesares, vamos,
verèmos el fin que tienen
las lagrimas, que mis ojos
por tantas razones vierten.
Vase con los Soldados.
Mutacion de Palacio Real de Canope, ricamente adornado, y magnifico, con escaleras en perspectiva, iluminado en tiempo de noche, para festejar el arribo del nuevo Rey: sale este, Amenofi, Grandes del Reyno, Guardias Reales, con todo el acompañamiento que se pueda: el Sacerdote de Isis con un pliego en la mano, y mezclados entre el acompañamiento Silena, y Torisbo.
Amenofi. Què repentina alegria
muestra, señor, tu semblante?
si es que la confianza tuya
mereciessen mis lealtades?
Amasis. Oy vès en mì el mas dichoso
entre todos los mortales:
sabe, amigo::- *Sale Beroe.*
Beroe. Gran señor,
ya mi amor saliò triunfante,
ya he cumplido el deber mio,
à costa de mis pesares;
ya Sorete ha prometido
con la Princesa casarse.
Sale Tebaste, y luego Sorete.
Amasis. A dònde el Principe està?
Dì, còmo llega tan tarde?
Sorete. Ya me tienes à tus plantas
dispuesto à morir (ò padre!)
Amasis. Llega, hijo mio, à mis brazos,
nada el temor te embarace.
Sorete. Obediente, y presuroso,
si pretendes castigarme,
humilde aguardo el castigo.
Amasis. El castigo que he de darte
serà hacerte digno esposo
de la hija de Aprio, sin que halle
Beroe motivo alguno
para zelosos ultrages.
Beroe, y Sorete. Ay de mì!
Amasis. Esta es Niteti,
esta es tu esposa.

Toma el Rey de la mano à Beroe, la passa con Soréte, à cuyo tiempo sale Niteti.

Sorete. Deidades,
què es esto? Señor, què dices?

Beroe. Yo Niteti!

Niteti. De esse modo,
què fortuna à mì me cabe?

Amasis. Vèn, hija del alma mia, *Abrazala.*
tus brazos mi pecho enlacen.

Niteti. Yo, señor, soy hija tuya?

Amasis. Eres (no puede dudarse)
mi querida hija Amestris,
à quien yo llorè cadaver
en tu niñèz.

Sorete, y Beroe. Nada entiendo.

Nit. y Amen. Nuestra suspension es grande.

Amasis. De Isis el gran Sacerdote
oy vuestras dudas aclare,
pues en esse pliego, que
mi esposa pudo entregarle
antes de su triste muerte,
todas las noticias trae
de esta peregrina historia,
con atencion escuchadle.

Sacerd. El dia, señora, que al mundo
naciste, tu ilustre madre *A Beroe.*
perdiò la vida: en el mismo
dia, Aprio tu Real padre,
de una rebelde sorpresa,
obligado à retirarse
fiò de Amasis à la esposa,
que tu inocencia amparasse:
ella ya cercana al parto,
del Nilo las soledades
buscando para su asilo
(porque de aleves cobardes
estaba poblado Egipto)
mal segura en aquel lance
de poder librar la vida,
à un Pastor, que las deidades
pròvidamente le ofrecen,
encargò, que te guardasse;
ocultandole tu nombre,
tu calidad, y tu sangre,
le dixo, que eras Amestris,
y que ella era tu madre:
Bolviò despues à la Corte
el grande Aprio triunfante,
y pidiendo restituya
la Infanta (que en aquel trance
fiò del cuidado suyo)
ella tìmida, ò cobarde,
no haviendo hallado el Pastor
à quien la entregò, se vale
de la verdadera Amestris,
hija suya, à quien con arte
hizo creer ya difunta:
à Aprio la ofrece, que afable,
como à la propia Niteti,
la admite amoroso padre.

Tebaste. Quièn descubriò este secreto?

Amenofi. Quièn dà las seguridades
de que Beroe es Niteti?
no puede el Pastor con arte
suponer otra? *Amasis.* No puede;
pues antes que la entregasse,
señalò cauta mi esposa
à Niteti, con notable
cuidado, en la diestra mano
con un sangriento caràcter,
que formò un agudo acero.

Sacerd. Registrando las señales,
y señales de la herida,
porque no pueda dudarse,
en aqueste mismo pliego.

Enseña la mano Beroe.

Beroe. Es verdad, pues son iguales
las que mirais en mi mano.

Amasis. Ignaro señas bastantes
me ha dado; ya no hay que sepa.

Beroe. Ignaro? pues còmo à hablarme
no viene, quando mi amor
le reconoce qual padre?

Amasis. En el gran Templo de Isis
temeroso se retrae:
al Templo vamos, que en èl,
para las bodas Reales
ya estàn dispuestos los ritos,
que deben executarse:
oy de Amestris, y Amenofi
se ha de hacer el nuevo enlace,
y el Principe con Niteti
igualmente ha de casarse;
con esso mi juramento
à Aprio, y à las deidades
verè cumplido.

Amenofi.

Amenosi. Señora, *A Niteti.*
podrè aspirar à tan grande
suerte, como el ser tuyo?

Niteti. Tu afecto siempre constante
no puedo pagar con menos,
que con responderte afable.

Beroe. Al vèr, señor, tantas dichas,
y acabados tantos males,
juzgò que sueño. *Sorete.* Beroe,
(que este es el nombre que sabe
Amor, mas que el de Niteti)
no hay expressiones que basten
à manifestar el gozo,
que el verte mia me trae.

Amasis. Aun no es tiempo (ò hijos mios!)
de que el afecto desate
sus voces; y pues los Dioses
usaron de sus piedades
con vosotros, à su Templo
vamos unidos à darles
el debido obsequio.

Todos. Vamos.

Silena. Y sino lo estorva nadie,
nosotros dos nos irèmos.

Torisbo. Silena, no hay que cansarte,
estate con el Soldado,
pues contigo, ni de valde
quiero nada.

Silena. Poco importa.

Torisbo. A mì me importa bastante.

Amasis. Al Templo, pues, y publìquen
musicas voces suaves,
al vèr en virtud trocadas
tan fuertes adversidades,
que en hora felice sean
fortunas tan inmortales.

Todos, y Musica. En hora felice sea,
en hora dichosa cante
Egipto, al vèr que destierra
el Sol sus obscuridades,
trocando en luces hermosas
horrores, sustos, y males.

F I N.

Con Licencia, en Valencia, en la Imprenta de Joseph, y Thomàs de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio de Corpus Christi, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1772.